

LUIS CHESNEY LAWRENCE



CUENTOS

CUENTOS

LUIS CHESNEY LAWRENCE

2016

Luis Chesney Lawrence

CUENTOS

1ª. Edición 1994

2ª. Edición, 2016

Diseño y organización: ECO-ED Publicaciones

ISBN-13: 978-1534831452

ISBN-10: 1534831452

Copyright © 2016 Luis Chesney-Lawrence

On-Demand Publishing (ODP):

AMAZON.COM Co.

Made in the USA, Charleston, SC

Derechos Reservados

ÍNDICE

	pp.
Prólogo	1
La Rosa se casa a fines de la estación seca	5
El Rapto del Sol	31
La Venganza	51
Ya verás viejo, ya verás	53
Sinfonía para una promesa y	65
Wladimir Ilich	73
La promesa	85
Seraidí	93
Cata (I, III, IV)	111
Por el sendero de piedritas	133
El viaje	155

PRÓLOGO

Este libro de cuentos recoge una serie de relatos cuyo centro temático está dedicado al Amazonas. Junto a la novela *Atisbos al Amanecer* (Tropykos, 1993) y a la pieza de teatro *Una Historia de las Tierras de Cantón de Río Negro y el Gobernador Funes* (España, Premio Hispanoamericano de Teatro 1981), este libro conforma una trilogía literaria del autor sobre el mismo tema y en cierta forma recogen su síntesis literaria que se produce luego de vivir en estrecho contacto con esa región por cuatro años.

De este conjunto de cuentos destaca nítidamente *La Rosa se casa a Fines de la Estación Seca* que fuera finalista en el Concurso de Cuentos del Diario El Nacional (Caracas, 1987) y luego obtuviera el Premio de Narrativa de la Universidad de Carabobo (1979), publicado en la *Revista Prosa/Poesía* (1979) siendo muy bien recibida por la crítica, con la diagramación que acompaña el presente libro.

Un año más tarde, este cuento junto a *El Rapto del Sol*, *La venganza*, *Ya verás viejo*, *Sinfonía para una*

promesa, Wladimir Ilich y La Promesa, conformaron el libro *Cuentos del Mundo Perdido* que obtuviera el Premio Narrativa de Universidad Central de Venezuela-Federación de Centros (1980).

En todos estos cuentos predomina la temática amazónica, aunque ya se vislumbra en algunos un alejamiento hacia otros temas y hacia un trabajo más experimental del lenguaje, el espacio y el tiempo. No obstante, todos ellos mantienen una unidad de contenido clara que se relaciona con la experiencia del individuo, su cercanía a un ambiente natural y un mensaje humano muy definido. El resto de los cuentos que componen el libro corresponden a una nueva fase de escritura de su autor, en la cual el universo temático se abre infinitamente para mostrar en tramas ingeniosas y a veces hasta inusuales, temáticas y estilos disímiles que lindan con el experimento literario. Tal puede ser el caso de *Seraidí*, centrado en las playas del Norte de África; *Cata*, que recoge una visión mítico-histórica de este pueblo del Estado Aragua; *Por el Sendero de Piedritas*, que lleva la escritura hacia los confines de

Escandinavia o *El Viaje*, juego abismal de espacio, tiempo y con profundo contenido humano, sintetiza la cercanía de los continentes y de las generaciones que se mueven en búsqueda de un ser que sólo aparece alcanzable en el espacio de las ideas. Probablemente, estos últimos relatos de Cuentos sean los de mayor cercanía biográfica del autor.

Luis Chesney Lawrence es un reconocido escritor venezolano, nacido en Chile, que ha desarrollado una intensa labor literaria que le ha hecho merecer numerosos premios ya a ser considerado como una de las figuras más importantes y profundas de la narrativa venezolana de los años ochenta. Heredero del Taller Rómulo Gallegos (1981), su obra literaria ha obtenido entre otros premios, el de Narrativa de la Tercera Muestra de Arte de la Universidad de Carabobo (1979), Premio Narrativa de la Universidad Central de Venezuela -Federación de Centros Universitarios (1980), Premio en Ensayos de la Revista *Ko'Eyu Latinoamericana* (1983), Mención de Honor en Concurso de Narrativa de la Universidad de Extremadura (España, 1984) y Premio en Ensayo

de la Universidad de Oxford (Student Peace Conflict
Research Society, 1987).

LA ROSA SE CASA A FINES DE LA ESTACIÓN SECA

¡Qué vaina!, a la Rosa se le ocurrió casarse con Manuel, el cabo de la Guardia, responsable por la paz y el cumplimiento de la Ley Seca en Manapiare. Allá, en el centro del Amazonas. En realidad, ese fue el momento en que todo se complicó en su vida. Por primera vez. Rosa, vino de San Carlos, en la frontera con Brasil. Hija de padre y madre indígenas que a su vez eran originarios del Alto Orinoco. Su niñez y juventud las pasó allá y cuando llegó a casa de sus tíos en Manapiare, ya era toda una joven adulta. Muy bella. Su rostro redondeado, moreno, lleno de dulzura, se acompañaba de un cuerpo menudo. Liviano y ágil. Sus piernas delgadas chapoteaban el agua del río todas las veces que se bañaba desnuda. Allí conoció a Manuel. El río era una de las pocas entreteniones que solía haber en ese

pueblo. Sus aguas que en el período de lluvias arrasaban todo a su paso e inundando medio poblado, dividían la población en aquellos que vivían en el Manapiare Viejo y los otros. Entre ambos sectores, se formaba un tremendo lago. Y mientras más crecía el río, más gran era aquella laguna y menos casas se salvaban de la destrucción. Por entre los árboles, el agua iba arrastrando animales, troncos y la comida que pobremente aquellas tierras producían. Rosa miraba entonces con tristeza todo aquello. Muda. Pensando en nada. Todos los años era lo mismo. Ya habían pasado cinco. La lluvia rompía esa monotonía de verdes y grises. Nadie trabajaba. Nadie podía salir de sus casas. Todo estaba inundado. Las oficinas de la Guardia eran unas de las pocas que no quedaban bajo el agua. Hasta la iglesia y el cura Coco se mojaban completicos. Las monjas vivían frente a la Iglesia. Parecían unas pobres gallinas mojadas cruzando la única calle que había y que las separaba de la casa de su Dios. Todo se oscurecía. La lluvia golpeaba sin

compasión el suelo. De vez en cuando se escuchaban los gritos de los animales al morir ahogados, o de los indios que pedían auxilio al verse atrapados por las aguas. Ellos también morían. Desde el interior de aquel amplio valle llegaban cargando sus enfermos. Desfallecientes. Hambrientos. Tiritando. Mojados. Con sus bongos acudían hasta la medicatura. Adentro era otra laguna que sólo servía en los meses secos. Por lo demás el médico nunca estaba. Ni en los meses secos. Realmente no había tal médico. Calmadamente, los indios guindaban sus chinchorros y hamacas entre los árboles. Todos mojados. Y se recostaban a dormir. Algunos comían mañoco disuelto por la lluvia. Las mujeres cargando sus niños trataban de alcanzar los lugares más altos. Allí permanecían semanas y semanas. Muchos morían. Entonces sus compañeros cantando extrañas polifonías rituales los dejaban en la selva. A veces los enterraban. Hay quienes comentan que se los comían. Esto es poco creíble, tratándose de cuerpos viejos y

enfermos. No obstante, la selva nada decía. Verde. Densa. Silenciosa. Siempre así. Pocas veces se encontraron restos de esqueletos entre el matorral. Aquellos eran los momentos en que venían acercándose al pueblo los tigres. También hambrientos. Cada vez que podían saltaban para atacar a algún indio que tranquilo recogía leña del bosque. Pero, ¡suerte de tigres!, también todos escuchaban los tiros con que los cazaban. Eran tigres mariposa inmensos. Sus pieles eran mayores que el tamaño de un hombre largo. Y en el ancho servían para ponerle techo a media churuata. Pero era mejor aún, esperar la sequía para venderlas a los escasos turistas que llegaban. O a los traficantes de pieles de venados y de otros animales que surtían sus tiendas en Caracas. Era la mejor época para navegar. Remontar el Parucito, sin raudales, el Hato Yavi y por las sabanas que eran un solo gran mar hasta su nacimiento en el Alto Parucito. Allá en Máguari. Dos días tardaba Dieciocho en su bongo, que regresaba repleto de peces y animales para comer.

Nunca iban solos. Y por el mismo río Manapiare se podía subir hasta el Caño Santo y el Guanay. Todo estaba inundado. Muchas veces Rosa acompañada de su tío salían en su curiara a visitar a los compadres de Guayabalito y Caño Seje. Hasta el mismo Yutajé habían llegado cruzando la sabana inundada. Pero era peligrosa. Había días en que la lluvia era tan intensa que impedía ver y llenaba el fondo de las embarcaciones con agua. El viento en las tardes era lo peor con que podían encontrarse. Pero así pasaban los días. Lluvia, viento y calor. Tranquilos y oscuros. Lentos y monótonos. Rara vez llegaba un avión. El cura Coco se desesperaba y enloquecía pidiendo por su transmisor de radio ayuda. Médicos. Nada venía. Nadie contestaba. En la Guardia, Manuel se paseaba todo el día. Era lo único que podía hacer. Desde allí miraba a su alrededor. Entraba. Salía. Limpiaba el piso de los calabozos vacíos. Sacaba las culebras que se venían a refugiarse bajo la mesa de su radioemisora. Allí estaba caliente y seco. Pocas eran venenosas. Unos expertos una vez le

enseñaron a reconocerlas. La mapanare era una de ellas. Claro había una falsa mapanare que siempre lo confundía. Pero no las mataba. Las echaba afuera. O las lanzaba a los árboles. Caían nuevamente en el techo de alcabala y comenzaba el círculo. Más peligrosas eran las arañas que se metían en las botas. Así pasaban los días de Manuel, el cabo de la Guardia. Medio indio: de madre piaroa y de padre un aventurero gallego que construía casas para el gobierno en Isla de Ratón, en el Orinoco Medio. Allí mismo entró en el cuerpo militar. Por ser indio te irás a tus tierras, le dijo el capitán cuando finalizó el aprendizaje. En Manapiare no hay nadie. Allá debes ir, Manuel. ¡No es tan mal sitio, chico! No señor. ¡Tiene una cara de bruto este huevón!, se decía el capitán. Don Luis, el dueño del Almacén Yutajé en Manapiare, esperaba que el cabo entrara para recibir a los indios que le traían Yopo. Él les daba a cambio escopetas brasileras, a crédito, naturalmente. El almacén era un palafito que podría decirse flotaba en el agua del río. A un

costado del lago. Allí llegaban todos los bongos. En un recibo a la intemperie guindaban veintenas de familias que pernoctaban en sus viajes al Ventuari o quizás a donde. Esas noches eran fantásticas. Diferentes lenguas se mezclaban para intercambiar la harina, el maíz, la yuca y el ron. La yucuta tampoco faltaba. Muy temprano comenzaba la fiesta. Ron. Lluvia. Yucuta. Yuca. Cantos. Lágrimas. La pesca en río y el sancocho. Ahora era más fácil. Desde que don Luis había traído esos arpones mecánicos. Eran como una pistola. Difícil fallar. Así se llenaban curiaras completas de pescado. Y seguía la fiesta. Las mujeres con sus hijos amarrados unos a la espalda, otros en los brazos chupando la teta. Los más viejos dormitaban. Ebrios. Drogados. Al amanecer equipaban sus bongos y partían. Los más, con motores fuera de borda. Los otros a canaleta. La corriente fuerte los llevaba bajando y cruzando pequeños poblados: Morrocoy, Guara, Laguna del Tigre, Piedra Pintada, La Boca, Carmelitas, Marieta, Santa Bárbara si iban hacia el

Orinoco. Hacia el alto Ventuari había menos. En esta época venían los Maquiritares desde allá trayendo ganado. En la sequía no se podían pasar los raudales de Tencua. Manuel tenía ya nueve años en Manapiare. Cuando llegó apenas había poblado. Poco a poco fue creciendo. Al principio estaban sólo los curas Salesianos y naturalmente, el cura Coco. Poco después llegaron unos piaroas a los que el gobierno les construyó sus casas. Al lado de cada una de ellas instalaron sus propias y vistosas churuatas de palma que les permitía soportar mejor el calor, la sequía y las lluvias. Hacía poco que habían llegado unos misioneros de las Nuevas Tribus. Norteamericanos. Jóvenes y fornidos. Por sus movimientos y formas de actuar, algunos pensaban que venían de Vietnam. Ellos tenían sus propios equipos de radio con los que diariamente se comunicaban con otras misiones. A poco llegar los salesianos del padre Coco, llegó un grupo de monjas, mujeres viejas que se instalaron con un liceo internado para niñas, frente a los curas. En las noches las monjas

rezaban casi como gritando. Todo el pueblo las escuchaba. Después les seguían los indios con sus cantos en lengua. Los animales salvajes contestaban desde la selva. La lluvia arreciaba. Desde el fondo del valle se escuchaban los truenos y relámpagos. Luego el silencio. La noche calurosa y húmeda. Silenciosa. Todo ese silencio se transmitía. Cada día el pueblo parecía más desolado. Nadie se movía. Nada sonaba. Ni el viento al sacudir los árboles producía ruido. Nadie hablaba. Los niños miraba por entre las ventanas de sus casas, como petrificados. Adentro de las churuatas había un fuego, en el centro. La familia se sentaba en el suelo sin moverse ni decir nada. Esa era una de las características de Manapiare durante el período de lluvias. Costaba recuperar alguna relativa actividad y bulla. En los últimos años se había instalado una radioemisora que emitía programas para todo el valle. Aguilera era el locutor. Venía de Apure. Con su alegría contagiaba al pueblo que lo escuchaba todas las mañanas cuando abría la programación diciendo

“En el corazón de la selva transmite Radio del Sur, con su pinga antena”. Colocaba las cintas que habían venido de Caracas y que veinte veces se habían repetido. Y luego a dormir a echarse palos de ron que se conseguían en la Guardia, secretamente. Le costaba el doble del precio normal, pero casi no tenía en que gastar su sueldo. Muchas veces el rostro de los indios sonreía y se alegraba cuando Aguilera desde la emisora pedía que lo fueran a buscar porque como todo estaba inundado no podía salir y llevaba ya dos noches encerrado en la estación de radio sin comer y a medio dormir. Iban en un bongo a buscarlo. En realidad le llevaban una botella de ron y seguía en la emisora.

El Capitán del Pueblo, el líder de los indios, usaba estos equipos para dirigirse a la población y en su lengua transmitirles un mensaje de tranquilidad y esperanza. Los curas y los Misioneros hacían lo mismo cuando podían. Entre la lluvia, Rosa y Manuel, encontraron sus miradas. Primero tímidamente. Luego con juegos. Al fin

directamente. De lejos. Entre la Guardia y su casa había como dos cuadras cortas. Ella, desde la ventana lo observaba en sus paseos. El, desde la puerta la miraba más allá de la ventana. Miraba su cabello negro. Desordenado. Su sonrisa fácil. Su seriedad simulada. Lo que las palabras no podían decir, lo anunciaban aquellas breves miradas simples y huidizas. Al fin el río comenzaba a bajar. Aunque seguía lloviendo. Pero todos sabían que vendrían días diferentes. Poco a poco las nubes fueron abriendo paso al cielo azul y a la luz que con mayor intensidad iluminó las grises calles. El río cambió de color. Del marrón claro al negro. Parecía negro, porque era un color oscuro casi transparente, como té muy concentrado. Las casas ya no estarían inundadas. Los curas y las monjas limpian la Iglesia y el colegio. Con sus hábitos levantados y tobo en mano sacaban el barro y luego los curas en bañadores iban limpiando el piso y las paredes. La Guardia comenzaba sus comunicaciones por radio y de repente una avioneta hacía su

aparición. Jugando entre el techo con nubes y el cielo, descendía e inspeccionaba la pista. Luego aterrizaba. Manuel sacaba su moto y partía a recibir y a controlar la carga del avión. No se permitía la entrada de licor por orden de no se quién. La lista de pasajeros que llegaban, también la inspeccionaba. Siempre el primero que llegaba era un piloto conocido como El Tigre. Baquiano de la zona, traía la correspondencia. Para la Guardia una caja de ron o whisky. Para la monjas un sobre con reales. Una caja de medicinas. Y un par de pasajeros que regresaban de la capital. Nadie subía. El avión regresa. Por el cielo los rayos del sol penetran las nubes. Brotan del suelo como una neblina caliente vapores de humedad. Los muchachos juegan en el barro con culebras muertas. Cuando llegan los meses secos es todo lo contrario. El polvo de las dos calles principales al pasar un jeep cubre todas las casas. El río se ha retirado. El lago desaparece. El almacén Yutajé, suspendido de sus fundaciones ya no flota. Parece colgado del aire. Las últimas chalanas que van

bajando por el río deben hacerlo lentamente, evitando las rocas que sobresalen del agua. En poco más ya no será navegable. Sólo podrán circular pequeños bongos. Los raudales serán peligrosos. Prácticamente el río queda seco, dejando en sus interminables vueltas playas en donde los muchachos juegan bañándose. Las indias van a lavar sus ropas. Los indios comienzan a talar sus conucos. A una de esas playas va Rosa. Allí lava ropa y se baña. Por el calor va quitándose el vestido bajo el agua. A veces llegan niños con los que conversa y juega. Manuel entre los árboles espía. Luego se acerca hasta la orilla para conversar. Un día se metió vestido con su uniforme al agua. Después, también lo dejaba entre las rocas. Ocurría generalmente en las tardes. Hasta que en una de aquellas oportunidades, al acercarse al río, vio que había otro también bañándose desnudo, conversando y chapoteando el agua con Rosa. Se acercó y haciendo valer su autoridad y fusil, que siempre portaba, lo hizo salirse y lo llevo preso

por atentar contra las normas morales del pueblo. Lo tuvo mentido en el calabozo dos días. Cuando le preguntaba su nombre el preso respondía tres millones ciento veintitrés mil cuatrocientos cincuenta y seis. Lo único que repitió el primer día fue ese número. Al día siguiente pidió agua y comida. Tres millones ciento veintitrés mil cuatrocientos cincuenta y seis. Rosa reía cuando Manuel le contaba. Al fin, para dejarlo libre, porque ya no sabía qué hacer con él, le sentenció que si no le decía el nombre no podía liberarlo. Entonces respondió: tres millones ciento veintitrés mil cuatrocientos cincuenta y seis... Manuel tuvo que dejarlo ir. Nada más dijo y se fue y nunca después lo volvieron a ver. Por esa época llegaban casi diariamente avionetas trayendo equipos, instrumentos y comestibles. Según decían, era para iniciar la prospección minera del valle. Que había oro, uranio y minerales. Que necesitarían mucha gente para trabajar duro en las montañas. Luego, vinieron los técnicos, entre los cuales llegó un perito especializado en escalar montañas.

Orlando. Había estado en Los Andes, Colombia y otros lugares famosos. Todos los días a las cinco de la mañana salía a correr. Cuando aclaraba ya venía de vuelta de sus ejercicios. Todo el día corría. Lo veían por las calles, siempre corriendo, ya fuera al muelle del Almacén Yutajé o hasta la Guardia. Los indios lo miraban raro. ¡Tanto correr! Pero igual seguía. De repente se detenía, levantaba los brazos y tomaba el aire, hacía flexiones y continuaba. Cuando llegaba la oscuridad daba sus últimas carreras hacia la Radioemisora del Sur. Allá lo miraba Aguilera desde la ventana, como un pájaro raro. Todos los días era igual. Ya llevaba dos meses Orlando en esas funciones gimnásticas, hasta que una tarde mirando desde el embarcadero del Yutajé, observó un tepuy que hay en el norte del poblado. El Morrocroy. Es un cerro muy alto. Lejano. Allí lo vieron toda la tarde, sentado sobre una roca, al lado del río, sin quitar la vista de El Morrocroy. Dos días después, aprovisionados de un par de cantimploras y acompañado de Guarulla, se

fueron caminando hacia el tepuy. Su acompañante era un maquiritare que iba a trabajar en las exploraciones mineras. Nadie dijo nada. Por la noche no regresaron y todos echaron de menos las correrías de Orlando ese día y al siguiente. Los pocos que sabían se lo imaginaban trepando El Morrocoy, pero nadie se imaginó que el sol y el calor harían terminar tan mal aquel escalamiento. Cuando Orlando y Guarulla llegaron al pie del cerro, habían caminado seis horas y ya no les quedaba agua. De ahí en adelante todo fue un completo desastre. A mitad de la ascensión Orlando desfallecía de sed, Guarulla resistía mejor. Sólo de valientes continuaban. Al anochecer, y ya casi estando por alcanzar la cima, descansaron. Habían ido por un costado del macizo, siguiendo las instrucciones de Guarulla que hacía de guía. Para llegar a la cúspide tuvo que cargar a Orlando y ambos se desmayaron en la misma cumbre. Al amanecer despertaron con el frío. Orlando con los labios agrietados y los ojos hinchados hizo un último

esfuerzo para sacar de su bolsillo una bandera que quedó amarrada a un chaparro. Tomó su pequeña cámara fotográfica y sacó unas fotos. Guarulla estaba asustado. Permanecía sentado. Ni ellos mismos sabían cuánto estuvieron arriba. Todo el día demoraron en bajar. Guarulla siempre cargando a Orlando. Era de noche cuando cayeron desfallecidos al pie del cerro, al indio no se le ocurrió nada más práctico que ir al pozo de Carlina a llenar las cantimploras, a cuatro kilómetros desde donde estaban. La noche estaba estrellada y la luna llena alumbraba el camino. El pozo estaba seco. El indio regresó hasta donde Orlando, lo acomodó y vino a buscar ayuda al pueblo. Llegó despertando a medio mundo. Pronto el guardia, otros indios y Aguilera partiendo en busca del escalador. Guarulla iba adelante. Cuando lo encontraron, Orlando tenía alucinaciones y Guarulla ahí mismo se desmayó. Tres días estuvieron en cama, deshidratados, tostados con quemaduras de segundo grado. Cuando la vida se normalizó, el perito se puso a

beber ron y con Aguilera, Guarulla y el tío de Rosa se juntaban en la Guardia a echarse palos. Siempre se les unía Tolima el motorista de exploración minera, un colombiano que había cruzado la frontera huyendo de la policía porque en una palazón se trezó a cuchillo limpio y mató a dos paisas. Vendió lo que tenía, tomo sus cosas y se vino a Manapiare. Aquí lo tenía retenido el guardia por indocumentado. Apareció en una voladora desde el Parucito. Según dijo, estando en Yutajé la encontró enterrada en una ciénaga mientras pescaba y como tenía unos reales le compró un motor a unos gringos que estaban de vacaciones y se vino al pueblo. Manuel, no sin razón, dudó y lo retuvo. Primero preso, pero como nadie denunciaba nada y no se sabía de muertos, tuvo que dejarlo libre, no sin antes advertirle que no podía alejarse de Manapiare. Tolima sabía algo de mecánica. Pronto se habituó a vivir con todos. Pocos conocían su pasado. Cuando se prendía aparecía el problema de su violencia, pero bueno y sano era inofensivo.

Jugador como él solo, ganaba todos los juegos de damas. Así se fue haciendo popular y se convirtió en el ayudante de Manuel. Hacia turnos de noche en la radio de la Guardia y llevaba a Manuel en inspección por los poblados, en su voladora. Finalmente, trabajó en un conuco para Manuel, en mediería. Temprano se le veía talando un bosque camino a la radio. Por allí pasaba Aguilera y así se armaba el dúo. Nunca faltaba la botella de ron que Tolima robaba a Manuel. Lentamente disminuían las reservas de whisky y ron. Manuel se preocupaba, en parte por los ingresos que dejaba de percibir y en parte porque ya pensaba que a fines de la estación seca pediría a la Rosa en matrimonio y esa fiesta debería ser memorable en todo el valle. Pero eran tantos los aviones que venían que en realidad no había porque preocuparse. Por lo demás, Tolima era simpático y nada había que temer. Y entre el conuco, la radio y las partidas de damas pasaban los días. Hasta el padre Coco se les unía de vez en cuando. Él también tenía su reserva de botellas de vino

para la consagración que ponía a la orden de sus amigos. Generalmente luego que el cura hacía sus recorridos evangelizadores por el pueblo, visitando casa por casa hablando de Dios. Tolima lo acompañaba al comienzo. Luego el cura recibió un potente megáfono. En la moto del guardia, conducía Tolima y con el padre Coco sentado atrás con su megáfono, recorría en las tardes las dos únicas calles del pueblo... El ruido era ensordecedor. La voz del cura era chillona y al amplificarse parecían los gemidos lastimeros de una danta. Tolima reía y apretaba el acelerador. De vez en cuando el cura lo hacía detenerse, se bajaba y del entre piernas del pantalón, sacaba una brillante botella de vino. Calientica, decía. Estos es para que no se me seque la garganta. Pase para acá, padre Coco. El vino chorreaba su líquido rosado por entre las largas barbas blancas del cura. Al terminar la correría estaban completamente embriagados y la moto los llevaba de vuelta como conociendo el camino, muchas veces resbalando por el barro, rodando moto, cura

y chofer. Tolima reía y el cura se indignaba. En un accidente así murió el otro cura el padre Juan. Fue para el año nuevo pasado. Los curas, el guardia, Tolima y el perito Orlando que ya no se separaba de Guarulla, fueron a recibir el año nuevo a Caño Santo. El tractor de la Misión los transportaba. Ese día Aguilera tuvo turno y no pudo ir. En la madrugada siguiente al 31 fue el regreso. Todos venían durmiendo el ratón, afirmados como podían del tapabarro del tractor. Tolima conducía, con su sombrero que le quedaba grande y que le tapaba toda la frente. Cuando pasaban frente a la radio, Aguilera los estaba esperando. En ese momento se dieron cuenta recién que faltaba el cura Juan ¡Coño! ¡Que mierda pasó con ese bolsa! Hay que regresar a buscarlo. Nadie quería. Tolima se había quedado dormido sobre el volante y los otros estaban tendidos en el suelo, excepto Manuel que vomitaba detrás del tractor. Y él fue quien se fijó que en los cauchos había restos de la camisa del cura perdido. ¡Se pelo el padre!, exclamó. Coco se puso a llorar y despertó a

Tolima para que regresaran. Antes, bebieron de una botella de aguardiente llanero que Aguilera les brindó para saludar el nuevo año. Tolima orinaba el caucho con los restos de camisa. Al fin decidieron deshacer el camino. Nada aparecía. Beba Aguilera. Échate un palo de aguardiente, decía el padre Coco. ¿Hasta dónde vamos a ir? preguntó Manuel. Volvamos a Manapiare. Tolima enfiló de nuevo hacia el poblado y fue entonces, cuando entre el barro y la hojarasca que había al cruzar un puente distinguieron un cuerpo tendido de espaldas, las huellas del caucho la habían pasado al ir y volver. Estaba irreconocible ¡Ahora sí que nos jodimos!, dijo Manuel. El cura Coco seguía llorando y Aguilera, terminando el aguardiente, lanzó la botella al caño. ¡Que carajos! Acomodaron el cuerpo a un lado del chofer y continuaron. Nadie hablaba. Orlando, que nada había dicho hizo detenerse el tractor para orinar. Todos lo hicieron. Llevaron el difunto a donde las monjas para limpiarlo y luego velarlo. La más vieja se desmayó al verlos y la otra gritó histérica.

El pueblo se fue despertando y ellos se durmieron a la entrada de la iglesia. Rosa los vio pasar, los siguió y contempló aquellas escenas. Luego regresó a su casa. En su camino se cruzó con la negra Nancy, la hija de El Macho. Ella vivía con Orlando desde que ocurrió lo del ascenso al Morrocoy. También lo buscaba. Rara vez se encontraba al Macho en el pueblo. Normalmente navegaba por el río pescando. Especialmente buscando al caimán que le arrancó de cuajo su pierna derecha. Desde entonces, su obsesión será la de cazar los pocos caimanes y babas que habitaban las rocas del río. Semanas enteras El Macho vagaba por La Boca, en donde habían dicho que estaba lleno de caimanes y que las playas eran verdaderos refugios de ellos. Su mirada era profunda y perspicaz. Su barba espesa. Y siempre con su pestilencia a pescado podrido. La negra era una mujer curiosa. Nadie sabía de donde venía. No recordaba a sus padres. Desde pequeña la adoptó El Macho. Cuando comenzó su pubertad aparecieron los primeros signos de su

ninfomanía. Se perdía dos, tres días con los indios. A veces pasaba semidesnuda por el frente del Almacén Yutajé. Otras, andaba drogada con yopo de los piaroas, bailando y saltando por la calle de la Guardia. Entraba donde las monjas y se levantaba sus vestidos, movía las piernas, se tendía en el suelo, corría y reía a carcajadas estruendosas, y así se encontró un día con Orlando. Lo del cura muerto ya no se comentaba por aquel entonces. Por aquellos días fue cuando Rosa le dijo a Manuel que estaba embarazada. El guardia quedó pensativo un rato. Se levantó y le dijo: no, no es posible. Ese hijo no es mío. Yo no me casaré contigo. Ándate con el padre de tu hijo. Yo no puedo aceptarlo. Y a patadas la expulsó de la Guardia. Rosa lloraba y muchos días se le vio triste. Su barriga ya no se pudo disimular. Su cara redonda y alegre ahora siempre estaba ida. Pensativa. Una mañana muy temprano se fue para el río y nadie la volvió a ver desde ese día. Al día siguiente, unos indios la trajeron muerta. La encontraron cerca de la toma de agua del pueblo.

Su cuerpo flotaba en el escaso río. El ruido de un avión interrumpió. La noticia pronto se supo en todo el pueblo. Lo que indignaba a los indios era que Manuel no había querido casarse con ella. Seguro que esa era la causa del suicidio. La ira de los indios contra el guardia crecía. Manuel, al percibir este ambiente, cargó su revólver y fusil y se fue al campo aéreo a recibir el avión. Allá llegaron los indios portando el cuerpo de Rosa y lo dejaron tendido en el medio de la pista. Se juntó todo el pueblo. Unos pocos rodearon el avión. El cura Coco venía corriendo por la calle, retrasado. El guardia dentro del avión observaba la carga. Afuera había un silencio profundo. Cuando trató de bajar, la multitud se abalanzó sobre él. Retrocedió. Bruscamente tomó el fusil y disparó. Cayeron varios. La sangre trajo más sangre. Los indios lograron agarrar el fusil y dominar a Manuel, y se lo llevaron camino del pueblo. Nadie se dio cuenta cuando el guardia cogió su revólver y rápidamente disparó contra su sien derecha. Dos tiros se perdieron en el eco de la

selva. El avión prendió sus motores. El cuerpo de Manuel yacía entre los indios. Manchado de sangre su rostro y el uniforme. En sus manos aún portaba el revólver. Atrás, el cura y otros indígenas ayudaban a los heridos, mientras algunos cargaron el cuerpo de Rosa. La pista quedó despejada y el avión inició su carrera de despegue. El ruido era inmenso. Todos inmóviles. Esperando. El avión cruzó por sobre los árboles en su ascenso hasta perderse entre las nubes. Luego volvió. Hizo unos círculos sobre el lugar y se alejó hasta que el ruido de sus motores ya no pudo oírse. Terminaba la estación seca.

En Altamira, 1987.

EL RAPTO DEL SOL

“Imposible. Imposible. Dicen que el recuerdo es un viaje imposible”. Un atado de imágenes zurcidas con hilos de la piel, que escapa a jirones cuando se le llama. Imposible. Desde lo alto, se ve todo pequeño. Ahora que el avión jet va lentamente descendiendo y quebrando con su ruido esa espuma de nubes que lo envuelve. Más allá, el sol se pierde y aparece. Moja mi rostro brillante. Casi imposible. El morichal inundado. Como siempre. Los chaparros dispersos en la sabana: venía del morichal. Venía del chaparro. Venía de la sabana. Y de la selva. Venía de la laja reseca. No. No venía del morichal. No venía de la sabana. No. Ni de esas noches estrelladas que no duran más que un par de horas. Hoy está oscuro, sin embargo. Hoy venía del morichal y estaba oscuro. Es natural. Casi imposible. Es el fuego que nace dentro del hombre al reconocer su historia. Su tierra. El jet se mueve bruscamente y hace un viraje en redondo. Queda al descubierto el río y los raudales. El aeropuerto. Que cosas. Señor. Señor: ya llegamos.

¿No vas a bajar?”

(Estás temblando. Acostumbrado a vivir de tus mentiras. Hoy ya no puedes escapar. Y tú que venías del morichal. ¿Cuándo has pisado la tierra? Venías del último rincón del odio que una vez encendiste cuando el fuego arrasaba la sabana y te consumía. Cuando llegaste para nacer. Cuando no hablabas el español. Cuando te traían en la curiara. Cuando venías amarrado. Cuando la bota te pisó y luego te escupieron. Cuando descubriste que estabas muerto. Cuando el cura te dio la extremaunción. Cuando morías. Cuando tu cadáver quedo arrodillado mirando al sol...)

La vaina es simple. Dos calles largas: la Constitución y la otra que no tiene nombre. La Constitución que nace donde pusieron la planta eléctrica. Ahí mismo nace la otra. Frente a Don Luis. Al lado de la curva que pasa por el morichal. Allí donde se violaron a la negra. Bueno. Claro. Eso no está muy claro. Sobre todo que le quedó gustando. Regresando por la Constitución, casi al llegar a la

plaza Bolívar, un poco más allá de la canoa, el restorán de los argentinos, ahí arranca la otra calle principal. Y sigue por la plaza. Por el liceo. Por el mercado de indios. Por la iglesia. Y tuerce. Aquí se acaba el pavimento. Y sigue. Por el mercado municipal. Pasa por el frente al Tobogán de la Selva. El hotel. Ahora el gobernador la mandó a asfaltar. Porque es una vergüenza, decía. Claro. Claro. Ahí está el barrio de los árabes. Y al lado está la cárcel. Y luego el río: el puesto de la Guardia. El remolcador de la Armada. Un par de chalanas. El agua marrón. Con una tiza marcaron el portalón: 30 metros. Cincuenta metros. Sesenta metros. Setenta metros. La huella del agua. También los años: Milnuevesesentaycinco. Milnuevesetenta. Milnueve setenta y ocho. Milnueveochenta y cuatro. Milnueve noventa. Don Tobías instaló un puesto justo en la orilla. Lejos de la Guardia. Pero se ve, ¿ah? Por ese lado es por donde se consigue la marihuana. La vaina es simple. Dos bolos cuesta pasar al otro lado del río. Y esa es Colombia. Cazuarito. Y las putas internacionales. Bar El Diablo. Allí murió el diablo.

El diablo está en Cazuarito. En donde, gritaba el maestro de ceremonia. Aquí. Guear is? Jiar. Aquí. Aquí, en donde está el diablo. Cuando se va acercando la lancha ya se escucha el bullicio de la fiesta larga. Todo el día, señor. Para todos. For evri vari. Aquí. Todos para todos. Y el olor a podrido que baja junto al agua que escurre por las grietas de las lajas. Densa. Por entre la laja. Verde. Azul. La laja negra hasta llegar a la playa de arenas rosadas. Palometas. Palometas. Ron. Aguardiente El Llanero. Ron de Caldas. Ron de Boyacá. Relájate con el ron. Palo y palo. Beba. Beba, ¿no le gusta el ron...? Sí, mi amor. Pero ya basta. Y tire. Tire. No le gustan las putas...? Beba. Beba, pues. Ay, mi amor. Déjame tranquilo. Te prometo que nunca más. Te lo juro. Te lo juro, negrita.

(Sólo tenías sueño. Sueños de grandeza. Andabas herido dejando la huella de un hilo de sangre que te afloraba. Eras tú mismo. En el sueño, la frontera se hace espuma. Nubes. Torbellinos. Y te atrevías a no recordar. Imposible. Imposible. Era lógico. Todo el mundo y más allá. Todo querías

tenerlo en una mano. Te sobraba la otra aún. Hacían falta dos mundos. Y más, tal vez. Más: una nueva adaptación tecno económica. Ese era el dilema. Más. Era casi imposible. El mundo tenía otro mundo. Nadie lo sospechaba. Nadie-nadie. América era anónima y seguías con las mentiras).

Don Avelino levantó la cabeza. Abrió sus ojos amarillentos. Entre ellos se pierde el humo azul de un cigarrillo. Verá, dijo: cuando llegué de Galicia, aquí no había nada. Me fui a la isla Ratón. Allí la vida es sabrosa. Ya estaban los curas. Esos carajos parecen plantados. El más viejo era como un perro de caza. Anduvo metido en toda la revolución de allá por los años veinte. El bendecía lo que le pusieran por delante. Los rebeldes que vinieron por el Meta, en castigo, le cortaron una mano. Y se salvó de que no le cortaran otra cosa. Allí conocí a Greta. Mi esposa. Ella es baniva del Brasil. Fíjese como habla. Cantado. Todavía no habla bien el español. ¿Y por qué te pusieron ese nombre, preciosa? Porque el cura que la bautizó era fanático de la Greta Garbo. Estaba de moda en esos años. Y le puso Greta sin

más ni más. Nadie entendía. Allá la vida es sabrosa. Buena tierra. Madera. La primera casa que hice era de arawa y wadikamia. Así le dicen los indios. Y se come bien. Bastante lapa y báquiro. La familia de ésta tuvo que marcharse. Nunca más los volvimos a ver. Ya ni quedan banivas a quien preguntarle. Luego nos vinimos. Me instalé aquí. Al lado del río. Estaba acostumbrado al ruido del agua. De repente la cosa se pone peligrosa. Cuando los tiroteos en la noche. Pero yo no me meto en eso. El Tobías, ese sí. Cruz María Méndez pasó mucho tiempo ahí. Nadie supo de qué lugar vino. Ni para donde iba. Era simpático siempre muy bien vestido. Todas las muchachas lo miraban. Él desplegaba su sonrisa. Se peinaba. El problema era que pocas veces estaba bueno y sano. Siempre borracho. No se preocupe, don Avelino, decía. Esa vaina es para olvidar. Y del bolsillo de su muy estirado pantalón sacaba una botella de ron y se la echaba a la boca. Con el tiempo, se compró una moto. Una noche en que venía de una curda, no calculó bien al entrar a la casa y cayó al río. Ay, señor. Vino la Guardia. La Marina. Trajeron el

remolcador. Nada. Nada, señor. Cruz María no aparecía. La gente comenzó a traer velas y las colocaba en la orilla. Decían en que había noches en que su cara sonriente se aparecía por entre el agua. Con una luminosidad. Era la luz de la moto que quedó encendida desde esa noche. El cura Carmelo vino a ver eso de la aparición. Lloraba. No sabía que hacer. Don Tobías vendía velas y empanadas. Y palometas fritas. Después dijeron que habían visto un submarino. Y que lo fotografió Tobías. Entre todo el alboroto pasaban las lanchas desde el frente a toda hora. Ya no había control. Coño. Y la marihuana se la llevaban en los camiones. En el patio de atrás de Don Tobías encontraron un cerro inmenso. La Guardia le prendió fuego. Nos volamos todos. Todos venían por atrás o por el río a aspirar. Anduvo volando como cuatro días todo el pueblo. Y el barrio. Con ese problema nadie se percató que el fuego avanzaba hasta llegar al liceo. Tratando de apagarlo se perdió el cura Carmelo. Más nunca se le vio. El pueblo estaba abismado. Si esto nunca pasaba. Alguien decía que al cura lo habían empujado. De

todas maneras era evidente que se perdió durante el incendio. Esto dio pie para decir que el cura se había ido directo para el mismo infierno. Y como no era tan santo... Al infierno se habrá ido. Será, pues. Ya teníamos dos santos en una misma semana. Una mañana apareció Méndez abrazado de la negra. Venían de Cazuarito. Borrachos que no se podían sostener. Él, con su sonrisa siempre radiante. Muy bien peinado, eso sí. Ay, don Avelino, me dijo. ¡Que negra más buena!

(El sol morirá. Morirá)

La negra no tenía nombre. Los que la conocían más ya no existían. Nadie podía contar su historia. Estaban muertos. Bien muertos, como decía ella. Por cabrones. Los había muertos atodos y parecía ser cierto. Mejor dicho, estaban muertos. Bien muertos. Nada recordaba de su pasado. Nada de nada. Nunca sabía nada. A veces, borracha, entre llantos y sollozos y esa vomitadera que le venía, nombraba al Macho. También a Orlando y a veces hasta Carmelo. Y Avelino y Tobías. En realidad, los nombraba a

todos los del barrio del puerto. Pero cuando vomitaba solo nombraba al Orlando. Ella, con su pelo lizo y enmarañado. Siempre negro. Una franela ceñida por donde sobresalen sus pequeños pechos y una falda rota en un costado, que dejaba ver sus delgados muslos y desnuda ubis. Oscura. Unas zapatillas de ballet en sus manos. Alguien alguna vez se las obsequió. Un maquiritare que recorría el Alto Ventuari contó que había conocido a un tal Orlando. Más allá de Santa Bárbara y Carmelitas. O cerca de San Antonio. En alguno de estos lugares que van quedando deshabitados. Que siempre corría por las sabanas y trepaba los árboles. Que en sus delirios de la fiebre decía Negra. Negra. Amor. Negra. Negra. Ron. Ron. Ron. Mientras contaba esto, y para incentivar su memoria, el maquiritare insinuaba que para continuar le hacía falta caña. Caña, hermano. Al final, terminaba alucinado con sus propias mentiras. Suspirando. Negra. Te amo. Caña, hermano. Como quiera que fuera, pasaba la época de las lluvias, la negra apareció con una tremenda barriga. Que había sido Orlando. Su

marido. Que había venido. Que había traído oro. Oro. Si pepitas de oro, mi amor. Que en el Alto Orinoco se encontró una mina. Y efectivamente, mostraba unas doradas piedras en sus manos temblorosas. Agarraba el aguardiente y le echaba una pepa al contenido y luego se lo tragaba todo. La falda no había resistido esa barriga y ahora estaba partida por el otro costado. Parecía una barriga con un paño colgando. Por abajo sus piernas y sus muslos sin pantaletas. Se creía quizás qué: porque andaba cargada de collares y brazaletes dorados. En el cuello. En la espalda. En la cintura. En los brazos y hasta en los tobillos. Ahora andaba acompañada de un perro. Toda una dama. Caminaba por el puerto. Frente a donde Tobías. Moviendo sus caderas. Su barriga. Con el perro amarrado por una cuerda de mure y ella, dulcemente lo llama: Orlando. Orlando.

(Querías atrapar al infinito. Ir al origen de los orígenes: ¿en busca del hombre? Nunca pudiste dar si no un par de pasos en la historia. Unos milenios. En tu tierra. Sin alcanzar a usar el hierro. Ni la pólvora. Inventar la rueda... ¿Para qué la historia?

Sólo bastaba tomar con cariño una flor de Maroa. El cielo se habría detenido. Arrodillado. Y entre tus toscos dedos tendrías aprisionado el infinito. Sólo una Kurata mata a miles de morrocoyes. Borrachera de las pléyades de oriente: yarake. Dá-le. Dá-le más... Y vino el golpe. El daño. Si, estás dañado. Parte de ti puede perderse entre los desechos de tu propio pueblo. El sol volverá. Volverá).

Entre las sombras de la noche. En la playa. Cruz María entra en acción. De su bolsillo extrae una linterna más bien pequeña. Un destello. Dos destellos. Todo está en calma. El ruido del río se siente adormecido. Sus vaivenes reflejan los destellos. Del otro lado responden con una luz amarillenta. Una. Dos llamadas. Dos destellos de Cruz María. El ruido de un motor se pone en marcha desde Cazuarito. En la oscura laja se reflejan las luces de colores del bar. El humo gris de la gasolina del motor indica la dirección del bongo que cruza. Toc. Toc. Toc. El ruido va aumentado Toc. Toc. Toc. Deja de sonar se percibe la silueta pequeña de una embarcación. Un hombre solo viene con ella. Se

desliza silenciosamente. Alcanza la orilla. Cruz María enciende su linterna. El bongo se orienta en esa dirección. ¿Qué hay, hermano? Palante. ¿Cuánto trajiste? -Dos bolsas. Toma, aquí las tienes. O'key, está bien. ¿Cómo está la vaina de Tobías? -Machete. Aquí están los bolos. O'key. Mira, por Puerto Carreño viene una mula grande, ¿Oíste? -¿Cuándo? -La próxima semana. Estamos pendientes, entonces. Toc. Toc. Toc. El motor se pone en marcha. El bongo se desprende de la arena y comienza su viraje para devolverse. Cruz María carga las bolsas. Una en cada mano. Silenciosamente se despliega por entre leños y trozos de madera que yacen sobre el suelo. Dos luces le flanquean el paso. Contiene la respiración. Cónchale. Otras luces aparecen por el costado de la playa. Dos frente al bongo. Una voz grita: no se muevan. Es la Guardia. Toc. Toc. Toc. El motor acelera. Un reflector busca entre las sombras del río. Toc. Toc. Toc. Gritan: entréguense Cruz María deja las bolsas en el suelo. Una voz grita: no te muevas. Toc. Toc. Toc. Vuelva a la playa. ¡Ay, negra! del bongo sale un disparo. Cruz María saca de su

cintura una pistola. Los reflectores se apagan. El estruendo de la balacera retumba en todo el río. Toc. Toc. Toc. El ruido del motor cesa. Silencio. La corriente del agua del río adormece el ambiente de muerte. Un reflector busca por el agua. Otro por la playa. Se perciben movimientos rápidos. El bongo queda a la deriva. Las aguas lo arrastran corriente abajo. Entre los leños queda aprisionado el cuerpo de Cruz María. Se retuerce. Está herido de muerte. A sus pies dos bolsas cuyo contenido se derrama sobre la arena. Pasos que se acercan. Una voz dice: traigan una camilla. Uniformes diferentes y botas rodean el cuerpo. Ay, hermano. Cruz María trata de hablar: un palo. Un palo de ron, chamo. Coño. Que vaina. Un palo. Un palo.

(Te equivocaste: faltaban más de mil años que los fuegos purificadores del Juicio Final arrasen el mundo. Y con él, tu raza. Y tú. Te equivocaste. Erraste el cálculo nada más y nada menos que un milenio. Te equivocaste. No había juicio, ni justicia. Podrás buscar. Todo está transmutado. Otros ganaron. Tú perdiste. Perdiste al nacer. Otros

ganaron lo que tú perdiste. Creías que algo tenías que decir. No, indio. Te equivocaste. Búscate otro sol).

Ahora sí la cosa se puso difícil. Todos cayeron presos. Unos por el tráfico de la mafafa. Otros, simplemente por sospechas. ¿Quién podía aclarar si los sospechosos no hacían tráfico? Porque en el fondo, el diablo los tenía enredados a todos. En medio de tanta desgracia que caía en el barrio, de pronto una sorpresa. Una sorpresa para el puerto. Don Tobías, el sempiterno soltero, se casa. Conoció a Yolanda. La del frente, claro. No sólo del frente. Del frente y más allá. De Bogotá. O quizás de dónde. Porque una cosa es el cuento y otra muy diferente la realidad. La realidad que se descubre a veces. El asunto es que la Yoli, como le decían, bajó y bajó hasta que cayó en Cazuarito. Joven. De pechos generosos. Muslos anchos. Caderas amplias. El pelo le cubría parte de su cara. Y Tobías hacía lo mejor que podía. Gran parte del tiempo lo pasaba preso. Pero, ¿quién iba a acusar a nadie? El comisario que estaba la noche aquella, ya no estaba. Lo habían

transferido para Apure. El que vino, vivía en Los Andes. Y quince días se los pasaba en su tierra. Y el resto en el trópico húmedo del Amazonas. Y para decir la verdad. La verdad-verdad: se lo pasaba empacado en El Diablo. Al frente. Palo y palo. Seguía la conocida senda. No obstante, la Yoli quería a su viejo Tobías. Al menos mientras estuvo vivo. Lo que ya es mucho decir. Un día que lo fue a visitar a la cárcel, esa misma mañana, al viejo le dio un infarto. Como en el pueblo no hay ambulancias, no sabían cómo llevarlo. Y no estaba el Comisario para dar el permiso. Y el médico andaba visitando unos pobladores indígenas cerca de Limón Parhueña. Y la enfermera estaba con permiso post natal en el hospital. En el hospital, los mismos enfermos se atendían. Ante tal caos lo más fácil fue llamar al cura. Esto sí que terminó por matarlo. Nadie, ni Yolanda, sabían que el viejo era ateo. O no era católico. Lo mismo da. Cuando se presentó el cura, Tobías abrió los ojos y dio un salto. Y se estremeció. Los guardias se asustaron. Todo fue inútil. Ya no respiraba. Si el Comisario hubiera estado, se habría

descubierto todo. Todo. Porque el desfile de los que formaban la red incluía a casi todo el pueblo. Y quizás más. ¡Ay, señor!. Venían grupos de todos lados a despedir a Don Tobías. Todos tenían algo que comentar. Que Tobías les dio alojamiento alguna vez. Que vendía Yarake a los indios. Que les había conseguido unas buenas morochas del Brasil para cazar. O las pistolas que traía de Guayana. Que les había comprado el oro del Yapakana. O los diamantes de Los Pejiguaos. Hasta unos expedicionarios que andaban en busca de una ciudad que fundaron los persas cuando vinieron al Amazonas, les estaban agradecidos por sus consejos y orientaciones. Los traficantes de peces de colores de los caños del Sipapo, le agradecían la cooperación. Porque Tobías sabía de todo: Donde ponían sus huevos la tortuga arrau. Donde aún quedaban caimanes del Orinoco. Por donde pasaba el tigre mariposa. Donde estaban las orquídeas. Todo. Todo. Naturalmente que lo más importante era lo otro: la marihuana. Y el viejo se llevó el secreto con él. Curiosamente, la Yoli nada sabía. Con

todo lo que le dejó le bastaba. Lo primero que quiso hacer fue acordarse del viejo. Nada de misas. Ni de flores. Ni de entierros. Eso era para los muertos. Y su viejo viviría por siempre. Contrató desde el exterior a un especialista en embalsamar cadáveres. Y ahí está con el viejo a su lado. Embalsamado. Lo pone en la sala de su casa. En el dormitorio. Lo cambia de ropa. Lo lava. Lo peina. Le arregla los bigotes. Y lo vuelve a meter al ataúd. A veces sale a hacer visitas al frente, cargando con el féretro. Tiene un carrito especial para estos menesteres. Así lo transporta para todas partes. Feliz. Un día se puede crear un problema internacional con la pasadera del cadáver para un lado y otro. Como si fuera un paseo. Ya hubo un tremendo lío cuando se le ocurrió viajar a Caracas. En la línea aérea no podían entender. Tampoco encontraban una solución. Los pasajeros cuando se enteraron que junto a ellos viajaba un cadáver embalsamado, se bajaron del avión y se negaron a viajar. Entonces decidió comprarse un carro LTD, inmenso. Nadie quería servir de chofer. No señora, gracias. Eso está empavado. Al final ella

misma aprendió a conducir. Pasaban por la costanera. Por el muelle. Por la avenida Constitución hasta el aeropuerto. De vuelta para casa. No había más adonde ir, tampoco. El barrio del puerto se deterioraba. La situación económica se hacía más difícil. Poco a poco la miseria invadía la vida. La migración de los indígenas iba ocupando todos los espacios. Las noches ya no eran tan solitarias. Muchas velas y lámparas a kerosene iluminaban los ranchos que día a día aumentaban. Y casa por medio vendían caña. Ron. Aguardiente. Ron. Los años han pasado inexorablemente. Las pocas casas del frente, ahora eran un verdadero pueblo de puros comercios. Todos sobre la gran laja negra. Arriba en la cima, junto a El Diablo, había por lo menos una docena de locales. Bien iluminados. Con luces de colores. Con potentes equipos de sonido. Ahora vendían, además, única y exclusivamente whisky. El ruido de los motores de los aviones, tan conocidos, era ahora reemplazado por las turbinas del jet. Ya no como antes que aterrizaban sólo con buen tiempo. No. Ahora todos los días: el jet todos los días. Habían

transcurrido unos pocos e intensos años.

“Imposible. Imposible. Dicen que el recuerdo es un viaje imposible”. Un atado de imágenes. Sí. A veces pienso que es verdad. ¿Quién puede tener la memoria de la historia? Allí se ven pequeñitos. Desde lo altos son como figuras de cera. Más allá, el sol se pierde entre las nubes. Y ahora de frente. Laja larga. A orillas del Paraguaza: ahora cara a cara. Lejos de la civilización. En la gran cima de areniscas. Junto a los míos. Bajo la mirada de los dioses. En este cementerio Maquiritare que un día dejé. Bajo la tenue sombra de los chaparros. Entre cuerpos arrodillados de indios muertos que dejaron sobre la superficie. Y siguen dejándose secar. A pleno aire. Con sus calaveras que parecen sonreír. Lugar de paz y tranquilidad para morir. Besé tus mejillas. Deslicé mis manos por tus pechos. Por tu cuerpo entero. Separé tus piernas. ¿Amor? ¿Cuál? Nadie pregunta. No hace falta. Todo está entendido ¡Oh, dioses! Los cuerpos se van desnudando. Entre cadáveres y ornamentos maquiritares que contemplan mudos. Inmóviles. En posición fetal. Mudos. Flores de papel

y orquídeas adornan a los más recientes. Te penetro con estremecimiento. Un grito. Un suspiro. La arena salpica los cuerpos. Beso tu espalda. Tu nuca. Tus rodillas. Los muslos. Desde esta cima se ve a lo lejos que dos ríos se unen. Como dos labios que se besan. Como si uno de ellos te besara. Completamente mía. Jadeas. Murmullo de voces que el viento suave enreda entre granos de arena. Tal vez tus lágrimas mojan mi cuerpo. Tal vez. Entre los chaparros y la arena. Entre los cuerpos serenos. Entre esa vida que muere. Junto a un esqueleto arrodillado, ellos dejaron un recuerdo. Un letrero. Con letra difusa y algo desteñida leo el epitafio: "Me ha raptado el sol".

Que de cosas. "Señor. Señor. Ya llegamos. ¿No va a bajar?" .

En Altamira, 21 de junio, 1980.

LA VENGANZA

EL MAS APRETADO DEL PUEBLO era reconocidamente él: Vicente Molina. En todo Paraguaipoa no había otro como él: diez o quince o tal vez veinte muertes cargaba en sus tranquilas espaldas. Era el dueño del bar. Y jugador permanente. Cualquiera pérdida que le pareciera injusta bastaba para saciar a su apreciado revólver: “decí que ganaste, atrévete y vas a ver vos”. Así su fama se hizo indiscutible. Una tarde un paisano de la península acompañado de su pequeño hijo, de no más de ocho años vino a jugar. Y a su parecer aquí hubo trampas y esto no lo pudo soportar: pam, pam, sonaron dos disparos que dejaron tendido allí mismo al extraño. El muchacho contempló la disputa con los ojos muy abiertos, luego se acercó a su padre, lo miró impotente. Se levantó y al salir se dirigió a Vicente: “Si vos no me matas a mí, yo voy a matarte a vos”. El hombre lo miró con desdén y sin hacerle caso se retiró.

Cierta tarde apareció en el bar un joven bien

plantado que miró con tranquilidad a su alrededor y luego de ubicar al dueño le gritó: “Vicente Molina prepárate para morir”. El viejo observaba sorprendido y sin ver motivo alguno para nada movió sus brazos despectivamente. En ese instante el joven gritó “Vos te lo búscate” y apuntando con un rifle disparó tres veces consecutivas. Habían pasado veinte años de la historia del pueblo guajiro.

Maracaibo, 12 de septiembre 1980

YA VERÁS, VIEJO... YA VERÁS

¡Dále duro! ¡Dále! ¡Dále! ¡Duro! ¡Duro! ¡Que no se arranquen! Ah. Ah. Ja,ja,ja. Qué bien. ¡Cuidado, viejo! ¡Cuidado! Duro. Ahí va: derecha. Izquierda. Otro. Masácralos. Eso. Eso. Dále... Viva. Que no se escapen... ¡Qué buena fue! ¡Mira! ¡Mira! Mira como corren. Ahhh. ¡Cabrones! Maricos. ¿Querían ver...? No sabían con el que se encontraron. Ja, ja, ja. Corre... ¿qué? ¿yo? ¿Dónde estás, mierda? Ven acá. Ayúdame a cortarle una oreja a este huevón. ¿Yo? ¿Dónde estás, carajo? ¿Yo, papá? ¡Papá!, ¿Yo? ¡sí! ¿Yo? Aquí viejo. Detrás del árbol. Qué buena fue. ¡Qué paliza! Bueno, ¿Yo? Bueno. Nada. Es que... Bueno. Mira... Yo miraba. Sí. Bueno. Yo estaba detrás del árbol. Ahí, viejo. No, no. No me escondía. Era por si acaso, viejo. Eran muchos, papá... Sí. Sí. Ya sé. Sí está bien: jamás aprenderé. Ta bien. Ahora la vas agarrar conmigo. No, era así. Si, yo te habría ayudado. Pero, ¡qué va! Perdona. Per-do-na. "Ta bien". Mira, mamá. Si no fue mi culpa el viejo se

rasco y comenzó a discutir. Coño pa'riba. Coño pa'bajo. Yo no podía hacer nada, mamá tu sabes. Cuando se rasca no hay caso. ¡Qué coño ni que nada! Ahí mismo quedó el desparramo. Yo miraba. Y ¿qué yo iba hacer, mamá? Si es como un energúmeno. Bueno. Siempre es así. Ya verás. Un día los haré volar a todos en pedazos. A todos. Yo. Yo mismo. A todos. Sí, claro que sí. Voy a tomar unos cursos de defensa personal. Kung Fu y esas cosas. Cinturón rojo, poeta. Un par de meses bastarán. Y después verán. Les va a tiritar la jeta. Ja, ja, ja. Y cuando me vean pasar, respeto es lo que van a tenerme. Sí, señor. Respeto. Qué va. Eso es lo que faltaba. Un par de semanas y listo. Mañana mismo me inscribo. Tempranito. Sí, señor. Respeto. Qué pecho, viejo. Envidia es lo que te dará. Basta ya. Pero te repito mamá. Yo nada podía hacer. Yo siempre voy con él, pero no pude hacer nada. Pero ahora sí. La próxima vez sí. Esa sí que sí. Ya verán. La próxima, viejo, voy con mi secreto... Sí señor. Era su orgullo. Porque haber nacido en Caracas es una gran cosa. La capital, pues. Con el tiempo el país se convertirá en

cualquier cosa, pero los caraqueños, hijo, iremos de primera. Adelante. Clase aparte. Y luego todo ese monte y ese llano. A cuatro cuadras de la Plaza Bolívar. Agárrenme ese trompo en l'uña. A cuatro cuadras. Y no como el compadre que cuando regresó a su pueblo en Lara, se encontró que una tronco autopista había pasado por el mismo medio de su casa. ¡Un revólver!. El desarrollo, hijo. Qué vaina tan seria. Allí mismo lloró. ¡Total! Yo les dije, mire compadre, no se aflija, eso es lo que existe sin existir. Caracas es muy distinta. Aunque sea un cerro, paisa. Y a cuatro cuadras... Y por qué no nos vamos al llano? No, compadre. Peligroso. Es peligroso. El culebrero ese. Y la fiebre. Escúcheme, compadre. Peligroso. Además, en la capital están las autoridades. El poder, compadre los políticos. Pero eso no es para los pobres, compadre. Tranquilo. Ya va, tranquilo, quédese. Déjeme que yo arreglo eso. Así son los negocios, compadre. ¿Qué le decía? Si era cosa de contacto. De palanca. Y ya ve. Tremendo negocio. Y seguro, compadre. Claro, claro, seguro. Ojalá mi hijo aprendiera. Palo de hombre, compadre.

Un carajito pichón de tigre, compadre. Pero despistado, pues, compadre. Despistado total. Ud. habla con su diputado amigo y le cuenta lo del proyecto. Proyecto es proyecto. Pura ingeniería. Grito y plata, compadre. A media, le dice mitad y mitad. Todo es legal. De buena ley. Es una empujá. Ahí no hay pele. Pero tiene que meter en esto al hijo, compadre. No, compa. No sabría. No sé. No, viejo, si la cosa es simple. Los americanos necesitan sangre y la pagan bien. Si, viejo. No hay riesgo. Sí, señor. Lo único que hay que hacer es conseguirla. Y listo. Dólares, viejo. Yo lo haré, seguro. Seguro. Yo no le temo a nada. ¡Ah pues! Tú y tus vainas. Bueno, yo lo haré solo. Para que veas. Me servirá para independizarme. Ser libre. Ya estoy hartó: que no me conviene. Que así no se hace. Que no es para mí. Que la cosa es como tú dices. Que primero está la escuela. ¿Qué no viste que estoy raspado en casi en todo? Viejo, si yo no sirvo para estudiar. Los negocios. Eso sí. Money. Money. Sí, sí. Si tú hubieras podido estudiar. No jodas. Si la abuela tuviera ruedas... O'key. Pero esta vez sí lo haré. Aquí no

hay pava, mi viejito. Déjame. Ahora si puedo. Yo lo sé. Es bajo mi responsabilidad. Pero me voy hacer rico. Y voy a repartir billetes que jode. Billetes grandes. Lo que sobra en este país es sangre. Money. Money. Los gringos saben mucho. Esos si saben. ¡Ah! Míster Smith es todo serio. Catirito. Pero una cabezota, viejo. Me miró y dijo : yu ar very clever, chico. Sí, mister. O'key. Money. Si. Yes. Yes. Estoy aprendiendo hasta inglés. Espéreme. Ud. No se equivocó. Aquí está el hombre que buscaba. O'key. Es más alto que ti, viejo. Tronco de gringo ¿ah? Allá si se alimentan bien. Y tan educado, viejo. El me dejaba hablar. Y yo échale bolas, chamo. Yo sé la vaina. Esa es la cosa. Uno conoce su país. Pero el míster, también. Es que tiene mucha cultura, viejo. Me habría gustado nacer allá, se lo juro, mi llave. ¡Catire, el coño e'madre! No joda. Yo lo haré. Yo lo haré, viejo, ya verás. El comercio internacional. Ahh. Ellos dicen market. Yo no sirvo para el estudio. Ya verás ¡Carajos! Traidores. Delatores. Tenía razón el viejo. Ahora sí que puse la torta. Seis años en El Dorado. Por huevón. Pero ahí sí que me voy hacer

hombre. Qué mierda. Vamos a trabajar la tierra. Tumbiar el bosque. Plantar el conuco. ¡Eso! Sabroso. Así se trabaja. El viejo creía que yo no podría con esto. Qué vá. Una pala y... ¿qué más? Las manos, mi llave. Eso es lo importante. Van a llegar macizas. Ahora sí. Llenas de callos. Como el viejo. Ese sí es trabajo ¿La sangre? Eso ya pasó. Pasado es pasado. El Dorado, pana. ¡Boletos p'al Dorado! Lo paga el Estado. ¡Machetérico! Tal vez un poco duro. Tal vez. Total, los años vuelan... Me voy contento. Adiós, mamá. Sin llorar. Sino estoy muerto. Adiós, viejo. No se me arrechen. Es mejor. Falló el negocio. Pero volveré un hombre. Con mayúscula. Recuerden. ¿Cómo? No, viejo: No hagas tal. Déjame. Déjame una temporada en el sur. Por favor. Ya verás ¡Al coño los políticos! No, compadre. Déjelo. Ta'loco. No ve que es mi hijo. Yo se lo saco, compadre. Sí. La cosa está un poco revuelta, pero todo lo vamos a arreglar. Dicen que el hombre va a caer. Que va. Nosotros lo pusimos y ahí se quedará. Él está ahí porque nosotros lo pusimos. Decían que era comunista y tal. Ese será el barbudo. Blanco. Blanco,

compadre. Él es distinto. Es venezolano, compadre. Y el hombre no afloja el tabaco ¿Se fija compadre? Venezolano. Compañero. Y letrado, pues. No hay quien pueda, compadre. En esa vamos todos ¿ah? Ahora estamos en el poder. Con la apertura tenemos pa' rato. Figúrese. Con la Ancha Base. Y ahí sí que vamos a llegar arriba. Harto que se ha jodido uno, compadre ¡Ah! ¿Qué me dice? Jefe de personal de la Salubridad ¿No le decía? Cumplen, compadre. Cumplen. Como el partido es pequeño nos sobran cargos. Compadre, yo lo puedo palanquear. Total, para eso están los amigos ¡Pobre muchacho! Después de todo fueron injustos. ¿Y el gringo, compadre? Uff. Ese había volado hacía rato. El único perdido era el carajito. Que decepción, compadre. Y se llevó los bolos. ¡Pobre muchacho! Vamos hacer algo por él , compadre. Pero él no quería. Vainas de la juventud, compadre. Pero Ud. no se olvide de lo que le dije. Ahora es con la Ancha Base. Uno se puede regodear. Lo que necesite, compadre. Lo que necesite. Que ahora sí tenemos poder. No hay sorpresas. Aquí están todos los partidos democráticos. Todos. Todos.

¡Son unos maricos! Lo que aquí faltan son cojones.
¡Cojones! Miren ¡Qué bonito! A mí. No conocen a este león. No me conocen compadre. Al diablo con la democracia. Que se metan por el culo sus declaraciones de la unidad. Decretos del Parlamento. Que la carrera administrativa. ¡Huevonadas! Limosna. ¡Ja! Eso quería. Yo era el jefe ahí, compadre ¡Que vaina me echaron! Y ahora pelando, compadre. Fui a pedirle un trabajo. Mi partido estaba en la Ancha Base. Y cuando se salió del gobierno, tuve que irme. Ni un mes duró el cambur, compadre. Ja Ja Ja Ja. ¿Se da cuenta? Pero yo lo que quería era que me diera un trabajo. Cualquiera. Portero. Limpiador de pocetas. Cualquiera. Yo he limpiado carros. He sido chofer. Ud. sabe, compadre. ¿Y sabe qué me contestó? Con prepotencia: Veremos si puedo conseguirte una donación ¡Que marico, compadre! ¡Donación!. Si yo no quiero limosna. Ah, pero yo le dije métase su donación por donde le quepa. Muchas gracias. Yo soy pobre, pero tengo mi orgullo. Limosnas. A mí ¡Que vaina más triste! Todo por el gobierno. Y a mi partido ocurrírsele

salir. Error fatal, compadre. Por eso es que la democracia está tan debilitada, compadre. Pero no nos faltará. Y pensar que cuando nos metimos en la Seguridad, estos eran los que arrancaban a esconderse bajo la cama. Y a rezar, compadre. Porque esto se convertiría en un infierno. Silbaban las balas. De uno a uno. Uno a uno. Vieras como se chorreaban, compadre ¡Cagados! ¡Ah! ¿No les gustaba torturar? Que obedecían órdenes. Que si no, igualito los jodían. Sí. Toma ¿Se da cuenta, compadre? A todos los que encontramos los colgamos de los caobos. Y el pueblo los escupía. Y pateaban. Bien merecido, compadre. Esos no se van atrever de nuevo. En La Carlota fue igualito. Una limosna ¿Ha visto Ud. compadre? Ese es el pago de Venezuela. Pero esta vaina se arregla ya. No había necesidad, viejo. Si yo estoy bien. Allá encontré una muchacha. Es buena. Tenemos un muchacho grande ya. Bueno, sí. Era de ella ¿Qué importa, viejo? Sí, ya sé. Ya vendrán más. Yo sé que somos seis. Sí. Mas tres que murieron. Claro, viejo ¿No te da pena la vieja? Mamá. Yo no pude hacer nada. Mi negra. Sí.

Pero para mí está bien así. Yo no quiero trabajar contigo. La Compañía de Seguros se encargó de las Experticias. Yo te puedo acompañar a La Guaira. Pero, no más peas, viejo. Yo voy a lo mío. No más putas. No es difícil. Me iré a Charallave, a una parcela. Yo puedo, viejo. Yo puedo. O'key, soy caraqueño. No jodas, viejo ¿Y qué te van a botar...por la pea? Mientras los clientes esperaban los documentos, tú con la familia en La Guaira. Y que hasta llegabas hablando inglés. Ja, ja,ja. Que pea, viejo. Claro. Así si es que te van a botar. Yo me las arreglaré. No es fácil, pero yo puedo. Ya verás ¡Que bolas viejo! Ya verás.

.....

Mira. Este.... Se me olvidaba. Ya va. La vida es difícil, viejo. Tú me entiendes ¿no es cierto? Tú sabes. Toda la vida igual ¡Que vaina viejo! Aquí tengo unas flores. Son para ti. Una pea del carajo, viejito. Como las tuyas en La Guaira ¿Recuerdas? Ja,ja, ja. Y me avisaron a última hora. Una lástima. Aquí están las flores. Perdona que llegara tarde. Me

retrase ¿Tú me entiendes, ¿verdad? La pea, viejito. Apenas veo. Pero ya verás, ya verás. Voy a cambiar. Claro que sí, viejo. Mira. Hay unos cursos nocturnos para terminar el bachillerato. Tú no te preocupes. Déjalo de mi cuenta. Yo vendré siempre. Te lo prometo. Ya va. Y te traeré flores. La vieja consiguió unos reales y lo pagó todo. Es tranquilo aquí, viejo. Ahora sí que vas a descansar. Y vino el compadre y los del Sindicato. Claro, carajo. Gran carajo. Si fuiste un héroe. Hasta condecoración, dicen. Y que dicen. Que orgullo, mi viejo. Este es mi viejo. Palo de hombre. Ahora si estarás bien ¿Yo? Pelado. Como siempre. Palo de hombre, mierda. Un ejemplo ¡Como lloraba la vieja! Que pea, viejo. Y tú aquí. Pero tienes hartas flores. Que orgullo. Como dijo el tipo. La vieja me contó. Un prohombre. Suena bien, viejo. Aquí tengo los claveles. Rojos. De Los Andes. Arrechos. Como te gustaban. Sí, señor. Que bobo fui ¡Por Dios! Pero ya no me atrasaré más. Te lo prometo. Palabra. Palabra... Palabra, viejito. Y puedo seguir, después a la universidad. A ti te gustaba Derecho. Como los políticos. Son casi todos

abogados ¿Recuerdas? Todavía soy joven, viejo. Claro que sí. Es una buena oportunidad. Y hacen buenos negocios. Una quinta, viejo. Eso es lo que necesito. Y un buen carro. Grande. Americano. Te prometo que vendré siempre a verte. Lo prometo. Ahora sí. Un tronco de carro. Y el título. Ahora sí. No lo dudes. Un poco de hijos, mi viejito. Ya verás, viejito. Ahora sí. Ya verás. Ya verás.

Caracas, septiembre de 1.979

SINFONIA PARA UNA PROMESA, Y...

Por fin. Por fin, ahora me decido. Más bien: ahora he podido. Yo no sé. Qué va. Bueno. El asunto que por tanto tiempo guardé, ahora lo puedo escribir. ¡Tanto tiempo pasado! Verdad. Vaya, vaya, así decía; “vaya, vaya”. Bueno. Pero yo lo prometí. Y para que veas que me recuerdo de las promesas y para que veas que también cumplo mis promesas y para que veas que no me olvido y para que veas que te recuerdo y te tengo cariño y para que te vayas dando cuenta el tremendo respeto que te tengo, o mejor dicho, que te tuve. Y para que todos vayan sabiendo quién soy yo, y para que vayan teniendo un mínimo de respeto aquí en esta casa, y ya va, para que me vayan conociendo y todas esas cosas, ¿entendido? Ahora cumplo: tengo que recordar tantas cosas. Porque, no crean, ha pasado su tiempo y la memoria es frágil. Uno no se acuerda de todo. No tengo por qué recordarme, si yo no soy una caja recordatoria o

una memoria electrónica. Y, por último, porque no me daba ganas recordarme. Pero tengo que acordarme. Sí. Sí. Sí. A ver si echando el cuento me acuerdo más. ¿Cuántas veces no nos ocurre que recordamos escenas infantiles o de la juventud? Yo nunca me podré olvidar de algunas de aquellas escenas en aquel caserón de largos pasillos, interminables, con tantas puertas y bellas columnas de madera que sostenían el techo. Ahí estaba el escenario. Con el tiempo, a la vieja se le ocurrió tener una crianza de canarios y catas australianas, que con sus colores amarillos y azules, con sus cantos transparentes que parecían un desordenado coro flotando en un mar de aguas cristalinas y verdes. Mi madre le había pedido a mi hermano, que aprovechando un árbol que estaba en el centro del patio, no muy alto –creo que era, y ya ven como comienzo a recordarlo todo, un durazno u otra fruta parecida- construyera una gran jaula que encerrara al árbol. A su sombra se sentaba a escuchar los cantos alados. Increíblemente, los pájaros que la querían mucho, se reproducían y la familia

aumentaba. Era bien increíble porque la jaula no tenía techo, sólo el follaje del árbol, la cubría. Por entre las hojas pequeñas entraban los rayos del sol y la lluvia que refrescaba las hojas y a los mismos pájaros. En vacaciones nos reuníamos todos en ese plan de leer, conversar y escuchar la sinfonía de catas y canarios. Con ese bullicio tan encantador, la casa resplandecía. Esa alegría de tanto canto nos contagiaba y al final ya no conversábamos ni leíamos, sino que simplemente cantábamos: mi madre tratando de imitar a los pájaros, prodigándoles palabras cariñosas que elevaban el volumen de la sinfonía, mi hermano con su voz ronca como un bajo de ópera que lleva el ritmo y fija la profundidad de los acordes. Yo, como no sabía ese idioma de mi madre y como adolescente que se precia de serlo, porque yo era un tineiyer con mis amigos y en mi casa, yo cantaba en inglés canciones de rock. Así, la sinfonía más bien parecía una zarzuela bastante confusa. Pero a nadie le importaba nada. Mi madre con sus sonidos guturales, mi hermano con sus acentos de ronquíos, yo parafraseando mi

impecable pronunciación gringa y otras tantas en el mismito francés que trataba de pronunciar. Desde el corredor mi padre reía al ver tanta locura junta. ¡Qué carajos, estos ya no pueden estar más locos! Decía. Luego, él mismo se contagiaba con el estruendo sonoro tan apocalíptico y se acercaba. Bailando. Llevando el compás con el paño de toalla con la que venía secándose el agua de los oídos, la cara y moviéndose acompasadamente. De vez en cuando, deslizaba uno que otro paso nuevo que había aprendido en las correrías de amigotes y compadres por el barrio. Y como ocurre en muchas óperas, en canciones populares, en boleros y tal, cuando mi padre comenzaba a cantar, y él sí que cantaba canciones de verdad-verdad, tal vez el único con voz de tenor muy timbrada, bueno pues, cuando él se acercaba y arrancaba con sus notas y letras, todos enmudecíamos, pájaros y todo. Toda esta familia humana-pajarera. Él decía que había conocido los nidos de los pájaros en los bosques de oriente y cantando con ellos muchas veces, visitando sus moradas y acompañando sus melodías, produciendo

las más hermosas y jamás nunca escuchadas. Era cierto. Ese es el canto que yo traté tantas veces de imitar y son esas las letras que nunca pude memorizar y que yo una vez prometí que las recordaría, las repetiría, las cantaría y entonces me sería dado visitar las moradas de los pájaros de los bosques que por tanto tiempo he querido ver. Heme aquí, hoy, pegado a una lámpara, escribiendo un papel. Después de cuarenta y tantos años de aquellas escenas que he ido recordando. Y tratando como lo he intentado miles de veces cada amanecer de estos años. Cada vez que escucho un rumor de pájaros, recuerdo esas figuras, esos cantos y esas letras que nunca puedo recordar, y en especial a ese pajarero, moviéndose con su toalla al hombro, bailando y cantando parte de la sinfonía que he querido reconstruir. Consulté a un amigo escritor para saber cómo yo podría ir recordando esos versos y escribiendo esas melodías. Ante él me emocioné relatándole tantos recuerdos, temiendo que con el paso del tiempo terminarían por agobiarme a tal extremo que no podría morir tranquilo. Sobretudo

que aquella promesa debería haberse cumplido en alguna de aquellas mañanas en que nos reuníamos años atrás, cada vez menos. Yo ahora con mis nietos, ¡imagínese! Cada vez con menos canarios y catas en la jaula. Cada vez el árbol más doblado, su corteza ya cenicienta y cada año más. Y lo más importante, ahora sin el pajarero que ahogaba el canto tantas veces. Sin él. Al igual que muchos canarios y muchas catas habían volado a cantar a otros sitios lejanos de nuestro mundo. La única solución, me decía el escritor, será la de utilizar la magia y la fantasía que puede crear la palabra, subvertir el orden del tiempo y del espacio, para pasar así, sin más ni más, transgrediendo la voluntad del lector y cruzando por ese pasillo tan largo y por entre las ramas de la pajarera, veinte o veinticinco años atrás. Aquí, nuevamente, estoy junto a mi madre regando las matas, mojando los pájaros que con revoloteo cantan y chillan, ensayo general de su próxima presentación, afinamiento de gargantas, de tonos y sonidos que se ponen en orden para la gran función de ese día, de esa mañana que hoy presenciamos. Mi

la. Así. Así ...

En Altamira, 17 de Agosto, 1981.

WLADIMIR ILICH

Entre el humo azuloso y un horrible ruido ta-ta-ta-taka-taka-ta-ta, avanza. Pernalete en su moto. Su rostro es apenas perceptible por entre la casaca amarilla con rayas rojas y el casco que sólo deja libre los ojos. Ta-ta-ta-taka-ta-ta... Pero él va feliz. Hoy se siente dichoso. Tendrán que saludarlo en la oficina. Claro. Claro. Que sí. Ellos serán los primeros. La autopista ya va quedando lejos. Y haciendo figuras entre los carros que lenta y monótonamente avanzan en cola, va pasando a uno y otro. La compañía tiene una fachada inconfundible la entrada es amplia, los jardines con riego de aspersión automático que da vueltas y vueltas, están siempre mojados. Y por fin el estacionamiento. Ta-ta-ta-taka-taka-ta-ta. La moto se detiene, Pernalete apaga el motor. Se saca los guantes y los guarda por entre el cierre de la casaca. Sacude sus botas. Quita su casco que deposita en el antebrazo izquierdo, en donde encuentra buen apoyo. Desabrocha un maletín ejecutivo negro, de plástico brillante. Otra mirada a las botas. Y levanta

su vista. Allí está la Compañía de Navegación. Con su escudo centenario que muestra un bergantín y una gran ancla. Y mira. Cierra sus ojos y vuelve a abrirlos.

El cielo parece azul y diáfano. Y entre el ancla y el bergantín las olas se mueven suaves depositando la espuma que salpica la nave, hundiéndolo hasta la mitad de su armazón. Todas las ventanas del edificio se han mojado. La espuma penetra por las ventanas y las paredes empapadas de blanco rápidamente van deshaciendo las motas de espuma. La bruma que se despliega con el sacudir de las olas empapa todo. Pero el mar se ve tranquilo. Azul intenso. Ágil y dinámico. Los empleados contemplan la escena con rostros serenos y sonrientes. Pernaleté siente el ruido del chocar de las olas contra el bergantín, contra los muros, contra los vidrios, chas, chas, chas... el agua chapotea por todo el estacionamiento y la bruma humedece su casaca, los guantes que se asoman, el casco rojo con estrellas azules y las lustrosas botas. Pestañea. Y mientras da un profundo suspiro inhalando el

ambiente salobre, cierra los ojos. Pestañea nuevamente. Abre los ojos y los cierra mecánicamente, incrédulo ante el espectáculo. El barco apenas se mueve. Las cadenas que sujetan el ancla crujen. Vuelve a abrir y cerrar los ojos. El sol le encandila. Los jardines continúan con el sistema de riego. Y allí están sobre la entrada del edificio las iniciales de la Compañía y su escudo centenario.

¿Qué más? - Buenos días, señor. ¿Qué hay? - Buenos días. ¿Entonces? - Buenos días señorita. ¿Cómo va la cosa? Buenos días. Eeeepa.... - Buenos días, señora. Los tacones retumban en aquellos pisos brillantes. Serio, muy compuesto, sonriente y saludando para todos lados, Pernalete camina seguro de sí mismo. Quizá como nunca antes. Segundo, por favor. "Se prohíbe fumar en el ascensor". Gracias, pana. ¡Miren quien viene aquí!, exclaman los de la recepción. Cuenta, cuenta, chamo. Pernalete deposita el casco sobre un escritorio. Bueno, nada. Y explota en una risa que inunda la sala. Todos ríen. ¿Y que fue, pues? -No, pana. Soy papá de un carajito de tres kilos y medio. ¡Qué vaina

más arrecha, chico! Te felicito, Pernalete. Oye, eso sí está bueno Mírenlo. Eso es de macho, pana. No, que va. Si estoy contento. Sírvete un café. ¿Y la doña? – Magnífico, chévere. Ya está en el rancho, claro, con el carajito. Y sirven el café. Todos son gestos de complacencia. Y las bromas llueven. Hasta el jefe, Don Antonio, que por nada se inmuta, se acercó y palmoteó su espalda: bien, bien muchacho. De una gaveta del escritorio de la secretaria aparece un pequeño paquete envuelto con papel de regalo. Esto es para ti, Pernalete. Para ti y tu nené, de todos nosotros. –Coño, no joda, me van hacer llorar. Todos le rodean y aplauden. ¿Más café? – O’key . ¿Y cómo es que le van a llamar? – Bueno, en verdad, todavía no está decidido. Yo no sé, pero la doña dice que le va a poner Endy. ¿Cómo? ¿Pero tú estás loco chico? ¿Cómo? – Endy, así como suena. ¿Y eso por qué? – Bueno es que a ella se le ocurrió que ese nombre es bonito. Dice que lo vio en un artista y que está de moda. ¡Pero eso es una locura! Y comienza la discusión: parece propaganda de un champú. No, si parece un cuento infantil. Sí. Eso parece una discotec

... No. No. Y Pernalete contempla en silencio. ¡Que locura! Bebe su café, se mira las botas llaneras y recuerda que ayer no más ni siquiera había pensado en el nombre del nené. Total. -No. No. Eso no puede ser. Tú eres el padre y tienes que imponer tu opinión. Tiene que ser otro nombre. Mira, algo más decente, ¿oíste? - La verdad es que como que tienen razón -piensa-. Claro. Ese nombre es bien ridículo. ¿Cómo le voy a llamar Endy? -De repente hasta parece mujer, hace muecas de agrado y desagrado pensando que sí y que no, porque en verdad no lo había pensado-. Ahí le caen otra a vez a preguntas: ¿Y cómo le van a decir cuando pequeña, Endita, ah? No, vale. Eso es absurdo. Ah, no, no. La opinión ya es general. Más que general, unánime. Entonces, tímidamente, Pernalete pregunta: ¿y cómo le voy a llamar? - Ah, pero ese es otro problema, dicen a coro. Lo principal es que no se llame Endy. Y se le busca cualquier otro nombre y ya está. Claro, hombre, ese no es el problema - Esta bien, pero ¿cuál? - Silencio. Por primera vez el salón de la oficina quedó en completo silencio. El sonido del

aire acondicionado se aprecia con nitidez. No dura mucho. Pernalete prende un cigarrillo y se acomoda a esperar. Sus manos juegan con los guantes. –Ya está. Ya sé. Todos vamos a escribir en un papel un nombre y se lo entregaremos a Pernalete, para que él escoja el que le guste más, pero cuidado con poner el de Endy o cualquier otro nombre raro. Y tú también, Pernalete, piensa en uno. Ya vamos a escribir. Y comienzan a llegar los papeles: Manuel, porque es lindo. Ah, pero es muy común, chico. Sí, claro. Claro que sí. Carlos, porque suena bien. Ah, pero también es muy común. Ramón, porque es un poco religioso. No, vale ese está anticuado. Pablo. Ah, sí. Por ahí si va la cosa. Pero, ¿sabes? Yo me imagino a Don Pablo todo gordo y rechoncho, con su barriga y todo. Ese es un nombre de gordo. No, no, mejor que no. Roberto. Ah, no, yo me opongo, porque tuve un novio que se llamaba así y era un carajo... Pernalete está desanimado. Se acomoda la chaqueta y dice: ¿y entonces cómo le pondré? Un momento. Un momento. Falta mi papelito. Me demoré porque estaba pensando y aquí está, tómalo, léelo: Wladimir

Ilich... Oye ése si que es raro. No que va, es que tú no sabes de la historia. Coño, esa no es la historia, es la política, chico. A mí me parece que no suena bien. Cállate. Eso me suena raro, ¿sabes? Lo que pasa es que ustedes son muy ignorantes. No, que va – Pernalete pensativo mueve las piernas, ¡claro, cómo no la había pensado antes! Y de un salto se incorpora y golpea el escritorio. ¡Coño! Sí. Es para sentirse orgulloso. ¿Qué te parece chico? Los ojos se iluminan y en su rostro moreno surge el interés, claro, claro, tú tienes razón ese es un buen nombre – ¿Cómo te puede gustar? Moviéndose nervioso entre las sillas y escritorio, se toma la cabeza: Sí, sí. ¡Qué bien! – Pero, Pernalete, piénsalo con calma, no tienes que decidir ahora. – Claro que no. Baja el cierre de su chaqueta, dejando al aire su camisa de seda verde con veleros amarillos en el lado izquierdo y el pecho descubierto. Piensa. Se da vueltas: Pero si es muy venezolano chico, ¿no entienden? – La verdad que no. Y en un éxtasis increíble exclama: ¿no me digan que no lo habían pensado? Mira, Wladimir es el nombre del solista de la Dimensión Latina Boys, ¿se

acuerdan? Wladimir el de la voz sabrosa, el de las notas de oro. Ese nombre está chévere. Y el de Ilich, bueno, no se acuerdan de Carlos Ilich, el chacal, famoso en el mundo entero. Como Carlos ustedes dicen es muy común, entonces Wladimir Ilich será el nombre del carajito. Claro que sí. Ya está decidido. No me digan más nada. ¡Cómo no lo pensé antes! Wladimir Ilich. Ya está. Y tomando el casco y el maletín salió corriendo por los pasillos y bajando escaleras. Wladimir Ilich. Hasta luego. Y no Endy. Wladimir Ilich. ¡Eso es!

Quitó la cadena que aseguraba la moto, se colocó los guantes y el casco. Prendió el motor, ta-ta-ta-taka-taka-ta-ta- y se montó, no sin antes mirar el edificio. Miró, pestañeó y cerró los ojos para volver a abrirlos alarmado. El mar estaba agitado y soplaba una fuerte brisa que inflaba las velas del velero centenario, que se agitaba haciendo crujir la cadena del ancla, desesperadamente. Algunas nubes cubrían el horizonte y el sol alumbraba a través de ellas en tonos rojos. Los mástiles se mueven pesadamente y cuelgan cables y escaleras que el viento las hace

equilibrar en el aire, las banderas de los palos mayores flamean con fuerza, con orgullo. No obstante, el mar sigue azul intenso y blanco. Con el ir y venir de las olas quedan a la vista brillantes rocas negras y el barco baja en un vacío transparente y luego sube por la cresta de la ola. Las cadenas mojadas destellan en blancos y amarillos. Abre los ojos y mira. Pernaleta incrédulo mira hacia la entrada en donde lucen las letras y el escudo de la compañía, que un empleado está limpiando con descuido. Brilla el dorado de las letras. Cierra y abre los ojos. El empleado continúa con su limpieza impávido. Voltea la cabeza, afirma sus puños en el volante y acelera, ta-ta-ta-taka-taka-ta-ta-ta. ¡Wladimir Ilich, no joda!

Al día siguiente amaneció gris y nublado. El sol no se veía. Entre el humo y la oscuridad de ese amanecer va la moto, zigzagueando por entre los carros, acelerando, frenando. El humo azulado de los gases del escape hoy es denso y negro. Por entre el casco, sólo se ven sus ojos, más tristes que ayer. Sale de la autopista y ta-ta-ta-taka-taka-ta-ta-, se

encamina por pequeñas calles atestadas de carros hasta entrar por entre los jardines de la compañía. El riego por aspersión moja automáticamente la verde grama. El estacionamiento. Apaga el motor, se quita el casco y lo apoya en su brazo izquierdo ya está acostumbrado a servirle de descanso, una mano ayuda a sacar el guante de la otra y luego se los guarda entre la casaca y la camisa. El rostro preocupado tiene la mirada puesta en el infinito, que poco a poco va girando, tímida, interrogante, incrédula, poco a poco, hacia la entrada. Mira. Vuelve a mirar. Cierra los ojos, los abre y observa sin entender.

La tormenta arrecia sobre el desprotegido velero. La lluvia forma una espesa neblina que apenas permite distinguir la proa y los mástiles del bergantín. Las velas hinchadas por el viento golpean los maderos, el agua chorrea por todos lados. El mar está levantado y enormes olas atraviesan el barco y azotan su velamen, que gira hacia un lado y otro. La cadena suena y cruje con un ruido ensordecedor, parece que fuera a cortarse. El agua la inunda y entre

las olas que agitan el mar y la bruma de la lluvia, la nave parece estar ladeada, de costado, con todas sus velas desplegadas resistiendo. El silbido del viento penetra por entre las rocas y molesta los oídos. Los muros del edificio están completamente mojados, salpicados por el agua de mar y de la lluvia que golpea las ventanas empapándolas. Los rostros del personal parecen figuras moribundas a través de los cristales. Asustados contemplan el espectáculo. Todos esperando que algo ocurra. El viento corta su cara y revuelve su pelo, al tiempo que la lluvia lo moja completamente. Las olas casi le alcanzan. Y lo vuelve a empapar. El ruido del viento y de las olas es ensordecedor. Pernaletе hunde su cabeza en la casaca y con su mano libre se refriega los ojos. Hace un gesto de desagrado y vuelve a fijar su mirada en la entrada. Un empleado termina la limpieza del bronce con el nombre inscrito de la Compañía y brilla el escudo con el símbolo del barco y el ancla que sobresalen, radiantes, por la esquina del edificio. Otro empleado limpia los vidrios de la puerta, por donde se reflejan los primeros destellos de un sol

que interrumpe las nubes.

Buenos días, señor, Buenos días, señora. Buenos días. Buenos días señorita. Camina por los pasillos con pasos silenciosos. Entra al ascensor. Segundo, por favor. Gracias. Mil rostros interrogantes se agolpan en la sala de la oficina. ¿Y? ¿Y? ¿Entonces? ¿Cuenta chico? ¿Qué dijo la doña? Lanza su casco al papelerero y los guantes a un escritorio y se deja caer a una silla. Bueno, ¿y? ¿Qué pasó, chico? Saca un cigarrillo y lo enciende. Gotas de transpiración aparecen en su rostro: bueno, nada. No joda. El carajito se llamará Wladimir Endy.

A Eliana y Raúl

Altamira, 22 de marzo, 1980

LA PROMESA

“¡AH, NEGRO ‘EL CARAJO! Exclama

con una sonrisa que se arranca de su rostro más bien amargo. A un lado, papeles escritos a mano. Los mira. El sumergirse en recuerdos le pone nervioso. Sus manos finas juegan con su mentón. El rumor del mar se escucha cercano. Afuera hay movimientos y ruidos. Da unos pasos como buscando algo que no encuentra. Finalmente se sienta: “que calor”. Su cabeza se levanta y descansa en el respaldo del sillón. Parece dormir. Parece soñar. “En las esperas, sueño. O más bien, siempre sueño. Recorrer tantos sitios para no llegar nunca, desespera. Entre tanta ilusión podríamos acercarnos a la realidad, pero no es tan fácil. Cabalgar para cumplir un sino es enredarte en las patas del caballo de la muerte. El mulato cuenta esas historias que me deleitan mientras prepara café. Con sus ojos alertas espera mi despertar: qué te pasa. Sus ojos, me dice, tienen fuego. Déjate de pendejadas y prepara café. Hoy no

vamos a cabalgar. Vamos a cumplir una promesa... Fanny, tanta dulzura. Todo orden y calma. Aquí es bien distinto, mira este monte que se arranca desde la montaña y tapiza hasta la mente sin dejar vivir. Mira qué vida tan caótica, que se desarrolla entre estos valles cruzando caños de piedra. Así es como se pierde. Así es como hemos perdido. Así se frustra la empresa de la vida. "Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allá adentro haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes". La vieja aya acaricia mi brazo sudoroso: usted tiene casta, mijito, ¡Déjame descansar! Ahora llueve afuera. El ruido disminuye. Se escuchan unos niños chapoteando las charcas. Alguien les grita no se acerquen. Él está descansando. Fue para peor porque los niños gritan preguntando ¿qué? ¿Qué? Un piedrazo los espanta y corren hacia la playa. El vaho de la mañana refresca el ambiente. Adentro, la figura delgada se ha levantado de un sillón y ordena los papeles. A medida que los toma va observando con detalle su contenido. Frunce el cejo. Sonríe. Mueve la

cabeza asintiendo. Duda. Y a medida que los va depositando en una gaveta interpreta diferentes personajes: “cada papel es un ser político”. De pronto sus manos se crispan y agarra una hoja con rabia. La arruga y lanza fuera. Deja todo en el escritorio. De un paso largo se ubica frente a la abertura de la ventana. Con su mano derecha corre el cortinaje y observa las inmediaciones. Unos soldados echan chistes y ríen. “En mis recuerdos siempre habrá un lugar para ti. Luisa. Pero tienes que seguirme donde yo vaya. Adonde sea, ¿oíste? Sí, amor. Sí, amor dices, pero no cumples. Pero, mira, ¿qué te cuesta? Vamos, ven. Acércate. Qué loco eres: ¿estás loquito? Sí por ti. Tonto. En realidad es puro fuego que se consume en la vorágine de los veintisiete. ‘Volando sobre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros’. Los años me elevan para la empresa colosal. Se es joven para triunfar y crecer. Crecer. Crecer. Explotar, abrirse paso como sea. Estás bien loco, querido. Tú no entiendes, mami”. Los recuerdos quedan en el aire. Dos jóvenes entran. Saludan y comienzan a ordenar

la sala casi vacía. ¿Ya?, pregunta. Falta poco, general: hay que arreglar esto, preparar la mesa. No tardamos. Aún es temprano. “Sí, sí, sí. Casi no he dormido”, exclama desde un extremo. “Preferiría descansar un poco más”. Ya está listo, exclama uno de los jóvenes. No se preocupe, general, descanse que ya nos vamos. Pero falta poco. “Creo que ahora podré dormir”. La claridad de la mañana penetra las cortinillas e ilumina su rostro pálido. “Ay, que dolor”. Camina hacia un lado y cerca de la mesa recoge su sable. “La muerte se lleva a los mejores: France, France... Tê-te d’armee... La corona y la iglesia levantaron y cercaron esta empresa de la modernidad...Se aparece como una sombra juguetona el sentido nuevo de la vida y de la libertad: el derecho a tenerla, como principio trascendente. Nos encontramos envueltos en grupos y movimientos, pero en realidad estamos solos y distantes. No sólo estamos solos, sino que nos sentimos solos. Nos hablamos de uno en uno, cuando más. Y lo irónico es que no alcanzaremos a ser revolucionarios o progresistas o reaccionarios: lo

que hacemos es avanzar por este estrecho camino caprichoso, irracional y confuso. Somos en definitiva, Pepa querida, ingenuos. Estimamos el pasado, abandonamos el presente y nos paramos frente al futuro sin rencores. ¿Ves, amor? Es como una enfermedad de fugas cósmicas de irrealismos e ilusiones. ‘la muerte se llevó a los mejores, todo queda en manos de los más listos, los más sinuosos que ahora derrochan la herencia ganada con tanto dolor y tanta muerte’. Pero luego del fracaso viene la Resurrección. Ven, ven acércate. Cómo te gustan mis piernas. Todo, amor. Suave, suave, querido. Tu piel canela me trastorna. Ya lo sé. ¿Si? Sí. Acércate más. ¿Me llevarás a Caracas? Si tú quieres...” Da unos pasos nerviosos. Vuelve a mirar por las cortinas hacia fuera. Ya es hora. Algunos soldados caminan por la playa.

Parece que algo buscara. Termina de abotonarse la camisa de batista y de la butaca con respaldo alto, ya casi descolorida, toma una manta que dobla con cuidado y la deposita en un rincón. De nuevo entran un par de jóvenes llevando sillas

que colocan alrededor de la mesa. Luego, entran oficiales del ejército que saludan y se ubican frente a las sillas. Se acerca a la mesa y parece sonreír. De sus labios no salen palabras. Un ayudante trae un grueso libro de actas que abre y dispone sobre la mesa. Con disimulo lee para sí las primeras líneas. Levanta la cabeza y sus ojos se elevan.” ¡Ah, Negro del carrizo! Y con actitud autoritaria dice: Simón Bolívar, Libertador de Colombia y Perú. Considerandos. Mientras lee el texto preparado, su mente recorre un itinerario de fracasos: Caracas, Boves, Cumaná, la humillación, la huida, Jamaica, Haití... -Y continúa: “Esa porción desgraciada de nuestros hermanos que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos; de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos”. - Y agrega, recuérdelo señores, recuérdelo. “El Secretario General queda encargado de la ejecución del presente Decreto. Imprímase, publíquese y circúlese. Dado en el Cuartel General de Ocumare en fecha de seis de

Julio de mil ochocientos dieciséis". Se inclina
solemne sobre la mesa y firma. Un ay quejumbroso
que pronuncian sus labios apenas es percibido por
los asistentes

En Altamira, 5 de julio, 1982.

SERAIDI

“BUENO, compañero, tal vez ya nunca más nos volveremos a ver... ...Tal vez...” y con sus ojos mirándome muy fijo, sin ninguna expresión, me tendió su mano derecha. Quise decirle una palabra pero El Hash me interrumpió, “no digas nada: tú vuelves a tu tierra lejana y yo a la mía, cualquiera que sea. Como dice nuestro poeta “y repito en las encrucijadas de la noche el canto de dolor”. Me gustaría visitar Latinoamérica y tu país. Pronto será -chao, como tú dices-. Cuando iba a dar media vuelta para marcharse levantó su mano derecha con una expresión como que algo olvidaba y de su bolso saco un puñado de balas que me ofreció y mirando su aka sonrió y la lanzó hacia unos escombros que sobresalían entre el gris y azul nuboso de esa tarde. “Ahora ya casi no me sirve y si me encuentro con un mossad es seguro que igual me mata”. Chao, le dije. Y se alejó caminando por entre las piedras.

II Terminado de poner unas cuantas frutas en mi renoleta, me subo y en pocos minutos me encuentro cruzando la arbolada del Cours de la Revolution, y luego me fui alejando del centro hasta salir de la ciudad. El camino continúa por la costanera al Mediterráneo hasta las afuera y luego de una curva sigue un camino lateral que sube estrecho entre pequeños alcornoques ennegrecidos por los incendios. Este era uno de mis paseos favoritos. Salir de Annaba para subir aquella montaña y caer en la esplendorosa playa de Seraidí.

Yo no recuerdo bien cuando conocí al Hash. Hace al menos unos siete u ocho años, cuando menos. Me encontraba recorriendo esas tierras áridas de la frontera con Tunisia, por donde se entra al Sahara. O, más bien, por donde termina. Siguiendo huellas que se internan por surcos grises, a veces pedregosos. Otras, por cauces secos en busca de las avanzadas de la vida vegetal. Y era en esos lugares en donde los caracoles son atrapados por las hierbas y en donde las piedras

parecen escuchar el rumor de los pensamientos, que podría verse la silueta oscura y verde de un pino, fina e imperceptible. Y luego nada: bastedad grises y más grises que se entrecruzan sobre el azul del cielo. El chofer del jeep me explica en árabe cosas que no entiendo, pero entonces el detiene el vehículo y me muestra una planta, un insecto raro o esas increíbles formaciones que el viento de la tarde va labrando al agregar granos tras granos de arena y que con la humedad de la noche se van adhiriendo y pegando hasta horadar aquellas formas brillantes y caprichosas que simulan flores con aristas pulidas y sonrojadas: las rosas del desierto. Y de pronto un valle tenue y otra carretera y una huella de neumáticos que se pierde y otra que se cruza y las raíces al aire que sobresalen desde la tierra arenosa y todo lo que allí se pierde. ¿Por qué no seguir esa huella? Por qué está otra? Yo, en realidad nunca lo supe lejos y casi imperceptible aparece una columna de humo es como una mancha cobriza que quiebra el azul y el gris. El chofer me explica con gesto que allá está

trabajando maquinaria pesada. Limpiando, ¿Limpiando qué? En una vuelta del cauce seco se forma un charco ahí nos detenemos para descansar. Le indico que por la hora sería mejor regresar. Y volvemos. Retrocedemos por el cauce y de pronto el jeep trepa hacia el plan y sin camino ni huellas, cruzamos por esa planicie gris. El chofer me mira sabiendo que yo no tengo idea a dónde vamos. Sonrió. Varias veces me ha intentado decir cuál es su nombre, pero nunca le he entendido, excepto que entre tantas palabras que pronuncia dice clarito “el hash”. Por eso le puse así: El Hash. Y así nos entendemos mejor. El Hash me mira de reojo. Yo comienzo a dormirme con la monotonía del paisaje. Poco a poco van apareciendo colinas y en sus faldas, casi pegadas, casas indistinguibles, grises como la tierra. El techo gris, las paredes grises, las puertas grises, las ventanas escasas son también grises. Cercano aparece un pozo de agua y colgando las bolsas de cuero ajado por el uso, que utilizan para su extracción. Bebemos de esa agua. El Hash me

indica que nos falta bien poco. Le digo que ya sabía, que subiendo esa colina se verá el mar. El Hash ríe y me contesta que no. Por aquella garganta, dice, llegaremos a una ciudad a no sé dónde. Y a medida que avanzamos por una curva, nos acercamos a mas colinas y vueltas. Le digo que ya sabía. Que subiendo esa colina se vería el mar amplio y verdoso. El Hash sonrío y mueve la cabeza con signo negativo. Con sus manos ágiles me dice que por esa garganta del valle llegaremos a yo no sé dónde. Y a medida que avanzamos entre vueltas y curvas sinuosas, nos acercamos a más colinas. Entre ellas sobresale una por su altura muy imponente. El Hash canta una melodía que me es conocida. “Andaluzce”, me dice. ¡Ah! Le digo. El asienta sonrío y sigue cantando. Una vez más miro las colinas. Todas iguales. Podríamos estar dando vueltas en círculo y no habría variación en el paisaje. Todas tienen la misma forma. Todas igual de agrestes. Todas igual de alto. Y todas igual de...Ah, pero esa grande es distinta. Aquella es muy empinada. Su cumbre es

pronunciada y trata de explorar el azul arábico. Le digo que vamos hacia allá. El Hash frunce el ceño y me dice que no conoce el camino. Es igual que antes es lo mismo me indica. Más adelante hay agua fresca y no sé qué otras cosas. Me río pero insisto. Le hago ver que es distinta. Le digo que yo mismo conduciré. El Hash detiene el jeep. Se sube al capó y con curiosidad observa hacia la colina. Luego se dirige hacia mi puerta. Comienzo a conducir cruzando entre piedras y arena. En pocos minutos estamos frente a ella y muy cerca. Por un costado, señalado con piedras, va un delgado camino borrado por la arena y el viento que sube bordeándola. Lentamente comenzamos el ascenso. A la primera curva El Hash no resiste su curiosidad y salta. Se abalanza sobre el camino y me grita ¡atención! ¡atención! Nos detenemos. En la cumbre se divisa una fortificación abandonada. El viento con su soplido silente golpea sus puertas. El ruido retumba en los valles cercanos. Yo quiero continuar. El Hash me retiene. Me habla en voz baja. Me bajo del jeep y lo sigo. Con cautela me

indica que le siga pisando sus mismas huellas. Está muy serio. Lo sigo. Me dice que me acerque lentamente. Me muestra en el suelo unas alambradas de púa que unen una fila de pequeños fierros que sobre salen apenas de la superficie del suelo. Con detalladas mímicas me explica que esas púas son señales de que hay minas allí. Es un campo minado. Por allí hubo combate: un jefe grande cruzó hacia la costa. Con cuidado continuamos. Un portón golpea. Nos detenemos. Es obvio que ahí no hay nadie y que este exagerado teatro no tiene sentido. Pero me equivoco. El Hash me hace señas para que mire hacia un costado del portón en donde se asoma la sombra de un cuerpo. El Hash me dice que hay alguien que está orando. Al ver mi cara de extrañeza ríe. Da un par de gritos. La sombra se transforma y crece. De ella aparece una figura envuelta de pies a cabeza en una chilaba azul. Comienza a caminar hacia nosotros. El Hash me ríe en silencio y me mira. Lanza otro par de gritos. Una voz responde con una sola palabra seca. El

viento sopla y un tenue ruido se arrastra por los grises. El Hash continúa riendo. Entre ellos comienza un diálogo de monosílabos y risas. Mientras la figura se aproxima a nosotros El Hash me dice con cuidado para no ser oído, mostrando sus dientes blancos: fedayín, fedayín. Entre su conversación sólo puedo distinguir la palabra “hash” que tantas veces escuche. Hash para allá y Hash para acá. Interrumpo y digo ¿El Hash?, señalando al nuevo aparecido y ambos estallan en risas. Luego, El Hash me dice que tenemos que bajar porque seguir subiendo es peligroso. Con sus manos hace expresiones de granadas que explotan. Verdaderamente allí debió haber un combate muy serio. Da vuelta al jeep, El Hash me relata su conversación con el extraño. Termina presentándose: El Hash, El Hash, dice y ríe. ¿Otro más?, digo. Volvemos a cruzar por la arena abierta. Ellos conversan animadamente. De pronto aparece la carretera de asfalto. Es la ruta que cruza el desierto. Luego, resplandecen las luces amarillas de un pueblo. Ellos ríen aún. Allí pernoctaremos.

Al bajarnos y sólo por mera curiosidad pregunto al extraño pasajero que se nos unió ¿do you speak english? Para mi sorpresa responde “yes I do”.

Muchas veces subí por esta ruta para bajar a la playa. Antes de partir para Beirut lo hice mucho. Ahora, a mi regreso –si es que así puedo llamarlo– lo he intentado sólo un par de veces. Hoy creo que será la última vez. A medida que se asciende, los alcornoques se hacen más robustos y sus hojas más verdes y abundantes. La temperatura también es más agradable. El verano mediterráneo pega tanto como el trópico latinoamericano. No sé porque tengo el presentimiento que éste será mi último viaje. Mi última subida por esta montaña. Y la última vez que visite esta playa. Ya se puede ver la cumbre y tras ella el cielo azul intenso y los rayos de sol de media mañana. Fue una pareja de franceses la que me enseñó el camino, este camino, hacia esta ensenada. Por lo lejos aquí viene poca gente. Es lo contrario de lo que ocurre con las otras orillas de la corniche. Desde lo alto se domina todo el panorama mediterráneo. Hacia un lado, toda la

bahía del Maghreb. Hacia el otro, la cadena de montes costera kabiliana.

A partir del mismo momento en que El Hash respondió que hablaba inglés, cambió completamente mi suerte y la del otro El Hash, el chofer. Ahora la conversación entre El Hash y yo dominó el retorno. El otro El Hash, claro. Con su piel oscura y su turbante a cuadros me fue contando con serenidad las historias de su vida. Su aventurera vida. Nacido en Gaza, apenas pasó allí su niñez. Mira, interrumpe su relato. Allá en esa colina alta, en donde me encontraron había una fortificación de los franceses muy dura. Desde ahí controlaban toda la frontera con Tunisia. Costó mucho liquidarla. Muchos maquizards murieron en esa campaña. Por ahí mismo entraba luego el Cuarto Ejército cuando la Revolución, arrastrando con todo hasta llegar a la capital misma. Al oír esto, El Hash parece entender lo que decimos. Mira. Sonríe. Pronuncia unas palabras que no traducen. Ahí estaba Ben Bela, le digo. El Hash queda en silencio un instante interminable. El

Hash de chofer se incomoda y me grita algo. No digas ese nombre en público, me traduce El Hash. No aún. Di el hombre. El hombre. El Hash continúa. Todo esto quedó lleno de minas. Yo logré llegar hasta arriba con cuidado. Siempre subo a rezar. ¿Y si alguna vez estallara una granada? Pregunto. Con su voz inmutable responde: eso no ocurrirá. Y siguió con su relato. En mi adolescencia viví en El Cairo. “Allí se presentó la oportunidad de seguir el llamado de mi tierra”. Me uní con Al Fatah. Partí a Jordania. Y de allí hasta acá. ¿Por qué acá? Pregunté. “Porque en el exilio no se puede elegir”, responde. Era el setenta. Después de septiembre la cosa se puso dura “Tú no has conocido eso”, dijo. Algo leí de eso en mi país. No es lo mismo, replicó. El hash-chofer conduce y canta... Me indica que mire hacia el desierto. Una nube de polvo cubre el horizonte. Esos son compañeros, dice El Hash. ¿En medio del desierto?, pregunto. No es tanto, dice. Es una Compañía que se prepara, el movimiento de los tanques produce ese polvo. Luego deberemos

salir de aquí. ¿A dónde?, digo. ¿A dónde? ¿Quién sabe eso? El jeep pierde velocidad. Es una ondulación del camino, una suave colina que nos detiene como un soplo cálido. Pero el jeep se detiene. El Hash me dice que sea paciente. A los pocos instantes aparecen ellos. Lentamente, como una mágica aparición, entre esas suaves colinas paradójicas, una caravana de nómadas con sus camellos avanzan cruzándonos. Con su ritmo vertiginoso pasan y se pierden. Desaparecen entre formas sinuosas que parecen bailar. Cortinas transparentes los esconden. Entre sus pliegues se adivinan las siluetas que se deshacen entre arenas y brisas. Pasan el invierno en el desierto, El Hash chofer y me lo traduce El Hash. Continuamos. A poco andar se divisan las primeras casas de Annaba, nuestro destino. Ya hemos llegado, dice El Hash. El chofer bosteza. El jeep se detiene frente a la mesquita de Ibn Merouane. Baja El Hash. “Mañana estaré toda la tarde en las ruinas de Hippone”, dice. “Allí te puedo contar el resto de la historia”. Sonríe y entra. Sube unos escalones tras

los cuales se extienden alfombras de líneas rojas, verdes y negras. Sobre ellas se sostienen infinitas columnas de mármol con decoraciones romanas. El techo es típicamente árabe. El jeep acelera. Nos alejamos.

Detuve mi renoleta justo en la cumbre. Abajo la playa tranquila. Las olas suaves y cristalinas. El mar es siempre azul claro. Casi transparente. Atrás, la Kabilia. Al nombrarla me estremezco: mencionar ese nombre es abrir la puerta de la historia de la región. Conocer sus habitantes, los berberiscos, es entender por qué allí nunca podría prosperar el colonialismo. Entre esos acantilados blanquecinos y sus cimas doradas se fue construyendo, paso a paso, piedra a piedra, aquella tierra que un día tenía que ser libre. Bajar a la playa es un corto trecho de un camino árido y duro. Los recuerdos se borran con los rayos del sol que caen directos sobre la cabeza. Luego una brisa refresca el ambiente. Después, la arena blanca y suave. Caliente. La playa solitaria. Las olas risueñas que se arremolinan en frente. Su espuma

sacude la arena dejando huellas que se hunden y desaparecen.

III Entre casas en llamas y el silbido de obuses que se entierran y revientan con un ruido atroz, El Hash me mira y pregunta: “¿te acuerdas de Seraidi?” ¿Te arrepientes de haber venido compañero? No respondí. “Podrías haber seguido tu exilio bañándote en aquellas playas y recorriendo el desierto para hacer tu barrera verde, tranquilamente”, continuó. Tienes razón, dije: eso sería muy útil. Y no estaría perdiendo mi tiempo aquí, frente a este bosque de pinos que nos separa de la muerte. Yo ya tuve mi jihad, digo finalmente. El Hash sólo atina a sonreír. “Enfrentar la muerte es nuestro destino”, replica. “Y tú debieras estar orgulloso de compartirlo”. Le miro y digo en silencio, pero también creo en la unidad. Tienes razón, dice: “hay una conspiración silenciosa que se esconde tras nosotros”. Es difícil ser hermanos. No sólo yo tengo miedo. No sólo yo no quiero morir aquí, dije. Yo tampoco, exclamó, mientras tableteaba su aka contra un movimiento de los pinos. Lo sé,

vuelvo a decir. ¡Arik! ¡Arik! se escucha en frente y el repique fulminante de los silbidos agudos de las Uzi que humean desde los matorrales. El Hash dice, “míralos, todos llevan marcados en su frente el sello de la muerte... Massada”. Y luego agregó, “aquí siempre ha habido palestinos ultrajados. Aquí siempre han vivido árabes-musulmanes despreciados. Aquí siempre hemos estado nosotros tolerados y utilizados. Aquí estamos ahora: por eso es que tenemos conciencia de ser”. Nos vamos quedando solos, le digo en voz baja. “Solos y aislados, me completo”. Unas señas nos indican que tengo que retroceder. Lentamente nos deslizamos entre piedras. Saltamos unos escombros. Alguien comenta que los israelíes planean un gran ataque sobre el oeste de la ciudad. Por todo el boulevard Mazraa. “Ya no podremos resistir más”, dice El Hash mientras se sienta sobre un pedazo de pared derrumbada. Luego de dos meses he perdido la cuenta de los días, le digo. Secándose el sudor me dice “¿cómo estará Said y los muchachos? Ellos están bien. En Shatilla estarán seguros. Allí no habrá

problemas. Las calles de Beirut ya no están iluminadas como cuando llegamos. Ha pasado el tiempo, compañero. Unos cuantos años. Cuatro o cinco, tal vez ¿no? Hoy todo está quemado. Casi todo. Ahora las noches son interminables. Hoy no se sabe si es más terrible el día infinito o la noche oscura y eterna. Nada se mueve. ¿Qué pasará mañana, El Hash?, digo. “No sé”, responde. “No sé”.

IV Bueno, compañero, tal vez ya nunca más nos volveremos a ver... Tal vez...” y con sus ojos mirándome muy fijo, sin ninguna expresión, me tendió su mano derecha. Quise decirle una palabra pero El Hash me interrumpió, “no digas nada: tú vuelves a tu tierra lejana y yo a la mía, cualquiera que sea...” “Yo vuelvo a Shatilla y de allí nos iremos a Siria, solos. Solos”. El ruido de una patrulla me congela. El motor del vehículo se acerca. Salto sobre unos escombros y me escondo. Unos instantes después escucho el tableteo de una metralleta aguda y luego otra. El sonido seco y metálico y agudo es inconfundible. Retumba entre los muros partidos. El vehículo se aleja. Me quito el turbante y camino

hacia el sur. Es la hora de partir.

Mirar el azul del Mediterráneo siempre me paraliza. En esas olas y en ese vaivén brillante como un espejo se reflejan mis angustias y temores. ¿Por qué, a pesar de todo, persistía en mirar más allá? Pensar en la historia o en la muerte casi no tiene sentido luego de conocer la derrota. ¿Libertad? ¿Unidad?... La espuma del mar inunda mis pies. Camino por la orilla. Pronto me veo jugando con las olas y la espuma. ¿A que no se lleva mis huellas? ¿A que no me alcanza? Era el mes del Ramadán para unos y de Av para otros.

(Algún día, cuando tenga una hija, le pondré por nombre Seraidí).

Altamira, 24 de enero de 1983

CATA (I, III, IV)

**UNO:
LA
VISITA**

Dicen que venía del mar, de entre las islas. De Cartagena, de Haití. De las islas... sus ojos pequeños y azulosos brillaban eternamente: Lino, el tartamudo. Su voz ronca y pegajosa retumba a cada sílaba entre esas zarzas. Bajo un gateado blanquecino bebe su aguardiente y luego continúa su trabajo bajo los árboles, al final de la pica. Aquella huella de tierra roja llevaba desde la costa hasta la misma plantación. Bordeando la bahía hasta la desembocadura, la Boca, y luego por la orilla del caño de aguas heladas, pasando por el borde del pantano, hacia el fondo del valle y luego subiendo por la senda de ingas hasta alcanzar la montaña, que nadie visitaba, sino Lino, luego de sus borracheras. El rincón del cacao le llamaban algunos.

Una tambora se escuchaba desde las islas. Lino se moría, siempre se moría. Con paciencia ordaba entre sus dedos las hojas de un tabaco que luego prendía y dejaba entre sus labios. El humo gris

velaba sus ojos eternos. Siempre joven, eterno, digo. Con el tiempo ya no recuerdo, decía Lino, pero un día sólo seguimos diciendo cata. Y en lugar de ser el rincón del cacao, fue simplemente cata: cata, cata... Cata. Las hojas del gateado se simbraron. Otra bolsa de frutos marrones y dulces había que cargar y bajar al camino de la tierra rojiza. El humo se ahoga entre el polvo de esa tierra del valle. Luego se durmió. Era ya la hora de las mariposas verdinales. Las mariposas merodeaban hasta el atardecer cuando la llovizna las alejaba ahogándolas. Pero entonces aparecía el titilar de las lámparas de kerosene desde la oscuridad de esas matas, entre ruidos extraños y tambores que tronaban en el monte, en lo alto de la montaña, noche tras noche... Dicen que viene del mar, comentaban las mujeres con sus ojos brillando entre la oscuridad. Yo no sé qué le encuentran decían más allá los hombres apoyados en las piedras grises... Y las parejas se perdían por entre las casas ruinosas, dispersas, vacías en el día. Era esa la hora de los ángeles, ¿sabes? - Cuando se apagaban los kerosenes y crujían las paredes, descolgándose los

mosquitos por las hojas del bajarete. Hasta que la brisa salina que venía de la Boca, allá por el pantano, al lado del mar Caribe, nuevamente anunciaba la presencia del alba. Lino no vino anoche, anuncio una de las mujeres. Se habrá encontrado con un ángel, dijo otra. Se lo llevarían las mariposas verdes... viejo borracho, exclamo una joven de mirada fría y desafiante. La respuesta vino del monte, de allá arriba, desde la montaña, junto al resonar agudo de una fiera. Ellos salieron por la pica de la tierra roja: Unos a la Boca, a pescar entre los arrecifes, a perderse en la rada, otros se fueron directo al pantano a buscar ranas negras, otros partieron al cacao, en donde siempre habían estado. Más, pasaron los días sin que Lino apareciera. Al final, el viernes, entre el polvo, apareció un jinete saltando los cactus y salpicando el agua del caño con la sangre de los espolines. Embriagado y sudoroso movía sus pies, que sonaban como el arrullo de pájaros heridos que huían sin destino: era Lino, el aparecido. Sus ojos todavía brillaban hasta la montaña cuando les dijo sobresaltado, viene, que

viene... y se quedó mudo: pasó por el valle en su carro silencioso con dos caballos, insistió. Luego, Lino se tendió junto al río de aguas transparentes y volvió a dormirse.

El ruido del mar se escuchó cercano. Sus manos finas jugaron con su mentón, como lo hacía siempre que estaba descansando. Parecía soñar. Siempre dicen que quiso soñar. Atrás, a sus espaldas, el caño de aguas frías y transparentes que venía de la montaña que con su toc toc entre las piedras atraía la atención. Mira, le dijo a la mujer que le acompañaba, mira que vida tan caótica tenemos en esta nuestra tierra, mira cómo se despliega este valle que se abre aquí entre estas piedras. Mira acá...Corren por la playa de arenas blancas, luego siguen abrazados por la orilla serpenteando el agua. La espuma de las olas los moja. Se miran y se sonríen. El la besa suavemente. Vamos. Vámonos dice él, sigamos esta pica. Y van entre las piedras y las senderuelas venenosas que crecen al borde del matorral. Las figuras avanzan por el valle pensando que son los únicos que han llegado a las playas de la

rada. El viento silba.

Escondido entre uno plátanos contempla Lino. Es él, se dice para sí. Agazapado entre chaparros, sereno, mastica cacao. Unos niños se acercan a la pareja y hablan cosas que no se escuchan. El parece hablarles, ella los acaricia en sus cabezas. Luego los niños escapan corriendo hacia el mar, se sumergen y juegan con la espuma cálida. Lino monta su caballo y se aleja apartando una nube de taras. El carruaje con ellos avanzó lentamente por aquella angosta senda. Al llegar al final, en donde comienza la montaña, se detuvo. Ella bajó a recoger unas flores amarillas. Él se acercó a los caballos y los acarició y les habló palabras bonitas con su rostro apoyado en las fontanelas de las bestias. Luego volvieron al coche y emprendieron el regreso. Ella llevaba un sombrero blanco que ensombrecía su rostro y en sus manos flores celestes y amarillas. El cerraba sus ojos y movía una fusta de cañas. Se alejaron por la huella rojiza hasta perderse en la vuelta junto a un guamo.

Mira, es él. Ese es. Es él. ¿Y quién será ella?

¿será la francesa que mentan en la Boca?, comentan las mujeres. No, ésta es de aquí, dijo la más vieja. Yo recuerdo que alguien le llamó misia Fanny. No, grita otra: mira como toma las flores, exclamaba otra mientras simbraba su cuerpo gracioso. Y como habla con los animales, será magia, mujer. Uno que sabe, metida aquí en este valle rodeado de montañas. Parece caribeña, sonrió la más vieja. Cosas de la ciudad. Lino dice que llegaron hace unos días a Ocumare de la Costa, que él es muy importante. ¿Y qué podemos saber nosotras?, aquí en medio de esta montaña, alejados de la costa, cosechando en cacaotal. Pero mira su camisa, es fina, es de moaré. Parece cansado, mira. ¿Ella es muy joven, sabes? El chirrear de dos pájaros que revolotean se mezclan con el silbar de la fusta que se empina sobre las cañas polvorientas. Ella tiene la piel canela, exclama la más vieja... es bonita. ¿Cómo dijiste que se llama...? No sé responde la más joven, ya se me olvidó. Otra que escucha las hace callar: shh... Simón, dice, alargando la o para que nadie escuche. El Lino es un mentiroso, éste es un hombre

cualquiera, shiiito. El Lino dijo que sería bueno conocerlo. Por algo será. Cosas de Lino...

Bajo el goteado, rodeado de guamos y totumas, Lino empina su trago, junto al agusal. Se levanta y camina hacia la casa grande a donde van regresándose las mujeres. ¡Lo vimos, lo vimos!, le gritan al verlo. Es bonito, pero triste. Lino sonríe. Dicen que viene del mar, de las islas... ¿Y por qué no? Ellas ríen. Lino tú estás loco, exclaman en un coro. De Cartagena y Haití. Sueños de Lino. Dicen que en Ocumare de la Costa liberó a los esclavos. Y nosotras que podemos saber aquí en este valle, señor don Lino. Pero si solo fue ayer, mujer. Tenemos la vida para enterarnos porque es una nueva vida ¿ves? No te pongas triste que este será un gran país. Cuando fuera, mijito, ríen las mujeres. Hoy, seis de julio de mil ochocientos dieciséis, replica Lino solemne.... Tú si sabes de números, Lino, exclama una joven de cara sonriente, levantándose sus faldas amplias: mira a ver si sabes de mariposas, también, mientras restriega sus muslos torneados. El Libertador... le dicen, comenta Lino en silencio. Los

gritos y risas chillonas de las mujeres interrumpen sus palabras. Dicen que venía del mar, tú estás bien loco, Lino. Mira mejor para acá, llama la más joven. ¡Al valle de Cata no viene nadie importante, niño!

**TRES:
LA
HACIENDA**

¡Póngase más atrás...! Eso es. Listo. No se muevan. Un momentico no más.... No se muevan. Momentico, déjenme arreglar este aparato. El click de la cámara fotográfica se escucha nítido para alegría de todos los niños. Yaaa. Lino, Lino, muéstrame las fotos gritan los muchachos. El viejo se mueve con agilidad. No todavía no. Entonces cuéntanos algo. Que quieren que les cuente otra vez la historia de esta montaña. Siii, contestan todos. Bueno, pero me tienen que prometer que se van a portar bien, que van a ir a la escuela, que van hacerle caso a mamá - Severa. Siii, dicen, pero esas son muchas cosas para una sola foto. Bueno, dice el viejo, sentándose en un tronco caído. Uno le interrumpe preguntando, ¿entonces Lino tú tienes que ser muy viejo? Sí, yo soy muy viejo, exclama Lino, masticando su tabaco.

Cuando yo era joven tenía un caballo y entonces esto era bien diferente, no estaban estas casas, ni esta calle, todo era monte, muchacho. Todo esto. Y los niños miran alrededor como imaginando ese camino serpentero y esas casas cubiertas por los árboles.... ¿Todo-todo, preguntan? Todo, responde Lino. Claro, había una pica por donde venían los hombres... Pero un día, un día hace muchos años, vino un extraño personaje. Yo sé, yo sé, exclamó uno de ellos. Tú te callas Carlos Julio, que tú sabes eso porque a ti te lo conto Severa. Y a mí también, exclamo otro más allá. Todos ya lo saben. Venía, venía, venía... del mar, de las islas, de lejos, van repitiendo las voces delgadas, uno a uno, mientras una brisa suave sacude a los almendros en flor que en Cata aparecen en Enero. Severa aparece en el dintel de la casa y con enérgica voz los llama a comer. Lino se marcha con su cámara cruzando el caño por entre unas piedras grandes. Ricarda se va quedando atrás, mientras contempla la vieja arquería y recuerda:

Por las tardes nos íbamos a mirar a los hombres que desde Ocumare de la Costa venían

construyendo lentamente este camino de polvo. Junto a los guardias que vigilaban venían también los constructores y sus ayudantes que con sus brújulas señalaban las rutas y las vueltas que luego estacaban. Algo debían saber porque se dieron cuenta del pantano y de las crecidas que cubre la Boca y por ahí no va a pasar el camino, nos dijeron, sino que después de bajar la montaña por la costa, viniendo de Ocumare, se internaron derechito por el valle, siguiendo casi el mismo sendero de la pica que encontrara el abuelo Cecilio, a quien se lo dijo Lino. Eso fue antes que lo picara una culebra y lo malograra de muerte para siempre al pobre Cecilio. Bueno, el que iba adelante era Ángel, que en esa época no conocíamos y ni siquiera sabíamos bien su nombre, pero tengo que decir el hombre era bien busca-vida y aventurado por la pica del abuelo Cecilio y por entre los bucares, un día se plantó frente a la casa de la hacienda. Bah, dijo desencantado: ¿así que esta es la famosa hacienda de cacao de que tanto se habla en Maracay? Y ahí mismo puso su mirada en Ricarda. Eso fue

instantáneo, señor, digo yo. Aunque el camino para la hacienda desde el mismo Ocumare se tomó unos cinco años. Después y por fin, pudimos ir al pueblo de Ocumare de la Costa y no como antes que había que ir directo hacia la Boca, bordeando el pantano y de ahí tomar una chalana hasta Puerto Cabello o La Guaira, una vez al mes, cuando venía, claro, y eso no era siempre. La cosa fue que Ángel se nos apareció un día y ya no nos pudimos despegar más de él. La señora Severa no veía nada de bien eso, qué va, esos hombres que vienen de Maracay no son buena cosa, decía, es que allá vive el mismo demonio, decía, pero ustedes se me callan la boca, nos decía, que eso no se puede repetir. El destino santo hacía empero que la hacienda se acercara al demonio, mediante el Ángel, pues. Ya estábamos todos crecidos. Carlos Julio, grandote, se empujaba solo por el camino hasta Ocumare, es que allá hay vida, decía, y no como aquí en la hacienda en que lo único que hacemos es recoger el cacao que alguien metió en la montaña, pero Carlos Julio también se nos iba para la Boca y de ahí por la orilla hasta la bahía a ver la llegada de

las chalanas y de las mujeres que venían a ver los presos del camino, que por mucho tiempo no supimos porque los amarraban, claro, después, entendimos todo y nos explicamos los tiros en la noche y los guardias, y entonces a la señora Severa se le puso que Ángel era uno de los emisarios del demonio, todo en resumidas cuentas para que no se acercara a mí, su hija, yo pues, a quien mentan como Ricarda. Pero la vida en esta hacienda fue siempre tranquila y acogedora, las pocas familias que nos habíamos ido reuniendo en Cata nos fuimos ubicando alrededor de la casa vieja, que siempre estuvo desocupada porque al viejo Lino nunca le gustó usarla, pese a corresponderle por ser encargado, pero a él nada más le gustaba echar los cuentos de las guerras de la independencia, de cien años atrás, como si estuvieran de moda, y yo digo quién se los va a creer, y luego se empuja para la montaña, por los cacaos, por semanas enteras. Con el Tiempo se casó Carlos Julio con una de ésas que venían a la Bahía, y luego que a don Cecilio-el-viejo lo picara la mapanare y que doña Severa se puso tan

triste, ocurrió que Ángel se atrevió, y a doña Severa no le quedó más remedio que aceptar un afuerino como su propio yerno, en esta, nuestra casa, y así fue que yo, Ricarda, me casé con Ángel, no sin antes doña Severa prevenirme que hiciera mi promesa a San Francisco de Asís, patrono de la hacienda y de todo Cata, que nunca me dejaría tentar por el demonio, el demonio de Maracay, claro. Ocurrió que entonces, Lino volvía de la montaña y con su misma cámara de fotografías hizo el click y todo quedó certificado como doña Severa quería, muy moderno también. Ahora me puedo morir tranquila dijo la señora Severa, justo en el momento en que el demonio comenzó a asolar la hacienda y una tormenta del diablo nos hizo perder la cosecha de granos, de los plátanos, ocumes y toda esa fruta, señor, entonces nos sentamos alrededor de la mesa a rezar nuestras oraciones y a pedirle a San Francisco de Asís, patrono de los pobres de Cata. Perdona a tu pueblo señor/perdónalo/Invocando indulgencias para los que sufren/Sin pedir misericordia/Solo compasión/Perdona a tu pueblo Señor.... Una tarde

escuchamos que los presos se pusieron a gritar como locos y Ángel se vino corriendo, desesperado, sudoroso el pobre, y hasta Lino apareció como un rayo, develado, y todos se acercaron a nuestra mesa de las oraciones, Lino fue el que con la voz entrecortada y tímida nos dijo mirando hacia el suelo. Se murió el demonio. Los truenos vienen de más allá de la montaña, vienen de Maracay... se murió el General, ¡Dios nos ampare!

**CUATRO:
EL
SUEÑO DE
LINO**

Desde la noche anterior, cuando la trajeron, porque ese había sido su deseo siempre, comenzaron a llegar amigos y los compañeros de Ocumare, del Playón, de la Boca, de Maracay y desde la Capital, que se enteraron por la radio, todos venían a darle el último saludo a Ricarda, que se iba a juntar con mamá Severa, Carlos Julio y tantos otros que ya habían partido antes de ver terminado el nuevo camino hasta Cata, que ya estaba casi listo. Seis cirios permanecieron encendidos por cuatro noches seguidas esperando que todos los amigos

pasaran mirando el arca que hizo Lino con madera de roble que trajo de la montaña que ella tanto quería. El viejo más viejo que nunca, tragaba su llanto desde un extremo, junto a la puerta de la cocina. Los otros pasaban serios y llorosos mostrando sus miradas con los ojos brillantes, que se encontraban con aquellos ojos serenos que lo observaban todo. Cada uno tenía una palabra cariñosa y un recuerdo que llamar. Los años habían ido trayendo el progreso a Cata, mientras su pueblo iba empobreciendo. Al final del camino, de la huella de tierra roja, ahora estaba la Plaza Bolívar, sobre dos planos de desnivel para ocupar parte de la montaña y dejar frente al busto del héroe la iglesia hecha en ese alto cuando la época de la hacienda, utilizando vigas redondas de madera roja. Cuando los hijos de Ricarda le trajeron de regalo el televisor que había visto en las tiendas de Maracay al pasar, porque nunca había querido detenerse en esa tierra de demonios, ella pensó estos también quieren que me vaya con los demonios, pero lo aceptó sonriendo, aunque les dijo luego, algo malo va a ocurrir en Cata

y se quedó un instante en silencio, luego lo guardó en su habitación adentro del armario de la ropa. Todos se miraron entre sí porque no entendieron ni sus palabras ni el gesto de llevar el aparato donde ponía su ropa sucia. Pero ella tenía razón... cuántas veces había comentado con su hermana y con el viejo Lino, cómo las cosas iban cambiando: si parecía que ayer nomás era la vieja hacienda y hoy de eso ya no quedaba ni el recuerdo, porque ya nadie quería recordarse que una vez en esos patios soleados, que hoy eran estacionamientos para los carros, con marcadores automáticos , se arrumaban los granos dorados que los portadores bajaban desde la montaña, ni tampoco entendía que junto al pantano de donde los hombres de la hacienda traían las ranas negras, que había que vadear para llegar a la Boca, ahora se levantará una mole maciza de concreto con apartamentos y luces que ahuyentaron para siempre a los cangrejos y mariposas de los atardeceres rojiazules de mayo, que más nunca regresaron a esas playas. Algo andaba mal, ciertamente. Ese era el precio que pagaban por el despliegue de

modernismo que traían del centro del país, o de la riqueza que salía desde las areniscas de las planicies del lago allá en el Occidente, según había contado Omar Cecilio, el nieto de Cecilio-el viejo, el cazurro, y que es también mi compadre, una vez que conversaban de madre a hijo a la luz de la luna, junto al vaho del río en una estación lluviosa, no hacía mucho. Pagaremos todos, decían, tendremos que pagar. Pagaremos todo, todo, eso está escrito...

Y mientras el cura pronunciaba sus últimas palabras frente al hueco de la tierra roja, se desató una tempestad con relámpagos que venían de la misma montaña y que hizo que todos salieran corriendo, dejando el cofre con Ricarda solos al borde de aquel charco marrón que de a poco se cubrió con lodo y con agua de la lluvia.

Fue cuando Lino se levantó como pudo, con pasos trémulos bajó los escalones de la casona vacía y se fue caminando por el pasaje, cruzó la alcantarilla que borboteaba agua y siguió por la calle nueva, arrastrando sus pies en el pavimento y mirando con atención los cocotales que aún se

mantenían firmes resistiendo la brisa de la montaña. Pasó por afuera de la casa vieja de la hacienda, aquella arcada en donde nunca entró y que con el tiempo se transformó en el barracón para almacenar los barriles de fuel-oil de las máquinas betuneras y de los camiones que venían a buscar el ripio a las orillas del caño de aguas heladas. Como pudo miró hacia lo alto, hacia el techo de tejones grises cubiertos de mohos y cactus enanos, y miró más arriba aún, hacia la cima del monte, desde donde silbaban los rayos.

Los niños que jugaban con el cieno, sumergidos hasta la cintura en el caño y amarrados por la bora, entre las piedras grandes, ahí al lado de la curva frente al guamo, vieron que Lino se elevó por entre el barrancón y los cambures que había sembrado Carlos Julio, y luego hizo como que iba a respirar y se cayó de bruces. Lino, Lino, gritaron los niños que corrieron hacia él, pero a pesar que todos ellos con sus ojitos asustados lo vieron caer, cuando llegaron al sitio, entre las hojas amarillentas de los cambures-manzano, no lo encontraron: una luz

brillante, semejante a una nube densa subía por entre las copas de los árboles hacia la montaña, hacia los bosques. Los que estaban en el osero también vieron el reflejo de esta luz que subía como un copo por sobre la corona de los ceibos y más y más.

(Lino llegó por fin al tozal del monte y para su sorpresa -lo que encegueció sus cansados ojos- se encontró en medio de un prado con todos sus amigos más queridos, con sus recuerdos de siempre: ahí estaba Severa con su traje blanco, amplio, risueña, moviéndose con sus caderas anchas, más allá estaba Carlos Julio, dormitando junto a un lanchón corroído de esos que le gustaba mirar en la playa, y al otro lado yacía Cecilio—el-viejo, con su ropa oscura, mojada, luego de cruzar el pantano. Estaban todos los recuerdos circulando por entre esa grama amarilla, sobre arenas blancas y flores de maroa que alguien depositó en esa cálida dehesa. Pero lo que más le llenó de encanto fue que en un extremo del campo, entre geranios gigantes, estaban Simón, el de las visiones en la Boca y los paseos por la pica de tierra roja, con su camisa morera, sus

manos finas y su rostro de niño triste, sonriente, junto a tres mujeres jóvenes de las cuales una sola conocía, la más delgada y graciosa, la de la boca amplia y piel canela, con su vestido de flores rojas casi transparente... Allí, por fin, se sentó a descansar).

Dicen los niños de Cata que a veces, cuando hay tormenta, ellos todavía pueden ver que desde la cima de la montaña cruza un jinete luminoso, bajando por entre los ceibos y guamos hasta el antiguo sendero que va por el pantano, que cruza el caño que llega a la Boca y que luego se pierde entre los arrecifes de la costa azulina, por el mar, por entre las islas del caribe...

Fue uno de esos días, cuando el sol aparece después de una de esas noches húmedas de junio, que en la puerta de la vieja casa apareció un ramo de rosas rojas salpicado de gotas de lluvia montañesa y envuelto en delicadas hojas de helechos gigantes. Lo encontró Seraidí que de amanecida iba a bañarse al río de aguas heladas. Mami, mami, gritó mira lo que hay aquí ...flores de la montaña, mami... con su

sonrisa eterna se acercó Marjorie, la mamá, la hija de Ricarda, la nieta de Severa, conocedora de la historia de esos montes, tomó el ramo entre sus manos y juntas se fueron al sendero de tierra roja hacia el río. Allí se sumergieron en aguas cristalinas que serpenteaban el valle y que guardan el secreto de aquel jinete encendido y de los ijares ensangrentados de su caballo aguililla.

A Luisa, Marjorie y Seraidi.

En Highfield (U.K), junio de 1986

POR EL SENDERO DE PIEDRITAS

CAMINÓ unos pasos muy seguros por el sendero de piedritas y nieve. Se detuvo frente al edificio hermético. Sonrió. Cambió la maleta de su mano derecha a la izquierda y se acercó a la puerta de entrada. Bastó un suave tocar con la maleta para que el pesado vidrio se abriera. Se encaminó por el pasillo desierto, limpio. Subió lentamente los escalones alfombrados. Serían dos pisos. Tal vez más. Su mano tocó el timbre. Dejó descansar la maleta. Cuando la puerta se abrió, apareció ella con su sonrisa transparente. El la miró. Sacó de su bolsillo un sobre arrugado y se lo mostró. Luego lo apretó entre sus dedos y su palma de la mano y lo botó. Ella lo contempló y haciendo un gesto de alegría se levantó su pequeño delantal con flores que le cubría sus caderas ¡qué bueno que te viniste! Su ropa liviana se pegaba a su cuerpo marcándose los rasgos de sus piernas y pechos. Afuera hacía frío.

Dejó su maleta y se abrazaron. Ella lo besó y en su mejor español le dijo te quiero. Ven. Ven. Con rapidez ella llevó la maleta a su habitación y sin decir nada la abrió y comenzó a sacar ropa que iba colocando en su mismo closet. En la sala se quedó él. De la habitación se escuchaba una sonrisa tímida. Él se acercó al ventanal. Contempló los árboles y la nieve. Miró buscando algo que no encontraba. Entre los árboles y matas jugaban un par de ardillas grises. Una anciana cruzó por el ventanal. Su caminar lento era extraño: cojea de un pie. Pensó otro invierno que pasa.

Así habría sido aquella noche aún lejana cuando en plena madrugada su avión aterrizó. En la oscuridad lo único que se podía observar eran esas casas blancas sumergidas en la noche oscura, oscuro el cielo, oscuro el horizonte, oscuro el camino. Las luces del autobús partían el camino abriendo huellas blancas por entre la nieve. Cuando al fin llegaron (¿a dónde? Nunca supo), se estiró en su asiento y bajó como lo había hecho tantas veces que viajó en autobuses. Mas, ahora, al primer paso de sus

zapatos rodó dando vueltas por la nieve. Alguien le gritó, por las piedritas es más seguro y así pudo llegar a esa casa blanca que se veía tan lejana y brillante por sus luces encendidas. Un vaso de leche, unos sándwiches y el discurso de bienvenida, sabemos que en su país estaban perseguidos y en peligro, pero este es un país libre y nadie los va a molestar, nos gustaría mucho que conocieran nuestro país y nuestras costumbres, aquí podrán encontrar trabajo y deseamos que vivan felices a pesar de la tristeza de no poder vivir en su país. Eran sinceros. Sus ojos se fueron cerrando por la fatiga del viaje que tardó todas las horas del mundo. Un grito lo despertó sobresaltado, si no vas al comedor te quedarás sin desayuno, vamos compañerito afuera hace un frío de los mil demonios. Ya, ya. Mira, sale si no es tan frío. Y entonces por primera vez enfrentarse a ese idioma desconocido y a esas sonrisas abiertas pero incompresibles ¿Y dónde estamos? Yo que sé, mira esa tremenda gringa. Y el sueño que no se me pasa debe ser por el cambio de horario. Por el camino de acceso una caravana de

autos se acerca pausadamente. Ahora lo que sobra es tiempo. El cielo gris era incapaz de indicar una hora. No obstante, era de día (¿era de día?): Nombre. Qué hacía Ud. en su país. Tiene documentos. Tiene títulos. Habla algún idioma. Cuál es su especialidad. Es solo. Dónde está el resto de su familia. Le gustaría estudiar. O trabajar. Tiene problemas de salud. Tiene alguna observación que hacer. Espere. Nosotros nos comunicaremos con Ud. Algún otro problema. Esta semana le depositarán en el banco una cantidad de dinero como parte de su estipendio. El próximo martes comienzan las clases de idioma y los cursos de ambientación. No se preocupe. Cualquier cosa avise al encargado. Mañana vendrá un autobús para llevarlos a conocer la ciudad. Después ya conocen el camino. Por favor, firme aquí. Gracias. Gracias. Hasta luego. Una sonrisa abierta. Una mirada a los ojos y el silencio. Otro: Nombre. Cómo se escribe eso. Qué hacía Ud. en su país. La nieve en realidad no es tan helada. Será porque el ambiente está seco. Un listo, ya está todo ordenado, vino a interrumpir el recuerdo. ¿Qué piensas? Nada.

¿Nada? Se abrazaron y besaron. Ella jugó con sus dedos sobre su espalda. Ven. Vamos a comer algo. Afuera ya estaba muy oscuro. Por la ventana podía verse una cancha de basket ball iluminada aunque completamente cubierta de nieve. Detrás, al fondo, algunos autos silenciosos. Sentados comieron como tantas veces lo habían hecho. Conversando sobre tantas cosas que ocurrían, te gustó el partido de los holandeses, este vino está bien bueno, apura que ya vienen las noticias por la tele yo no entiendo nada, no importa, mira además el invierno continúa -no quieres más carne, carnívoro, parece que ese Nixon está en problemas. Ella hizo una pausa, tomó su vino, ¿y ella dónde está? El terminó de mascar, ese escándalo de Nixon está feo en verdad ¿ella? Se volvió...ella tenía familia en Latinoamérica ah-si así creo esta noche hay un concierto de Teodorakis para todo el mundo, bueno termina primero, también tiene unos amigos por Europa, y nada me dijiste, aquí estoy -no quieres café, ya vienen las noticias, yo quisiera saber si alguna vez se ha retrasado este noticiero de las nueve, no sé aquí nada se atrasa, sí lo

sé te recuerdas cuando me dijiste que nos encontraríamos a las seis y media, claro que me acuerdo que cuando llegué no había nadie y me quedé helado por media hora, eso fue porque tu llegaste después de las seis y media, yo no me recuerdo-ya, yo te regalé un reloj te-recuerdas, sí pero a ti te gustaba que yo me quedara sin límites eso es distinto ven vamos a ver la tele, trae tu café, está bien ya terminé, vamos-vamos te gustó la cena, buena. Acomodados en un sillón se abrazaron viendo el programa hasta quedarse dormidos. El ruido del fin de las transmisiones los despertó: te gustó el concierto, yo me quedé dormido, yo también quieres más café, nos tenemos que dormir mañana hay que levantarse temprano, está bien. Y con lentitud se encaminaron a la habitación. Un reflejo de luz de la calle iluminaba el cuarto: ¿te ayudo? Bueno, ya está ven acércate. Con decisión la abrazó y se besaron sin decir palabras. Luego le besó en la boca y con cariño tocó su cara. Luego sus manos y su boca acariciaron su cuello. Después sus pechos duros. Sus manos se deslizaron ágiles por ese

cuerpo conocido ¿a dónde vas? Shii. Y continuó besando sus brazos y su espalda. El sudor los empapaba. Ella acariciaba su cabellera oscura qué suave es tu pelo. El continuaba besando su cuerpo que se estremecía cuando recibió sus besos en las piernas: me gusta- ay es rico. Ella besaba su cuello. Con las manos extendía sus caricias, qué buscas por ahí, nada ratón ratona mi -ratoncito mi- ratoncita, es rico, te-quiero-ratón, yo también, estarás siempre conmigo, mañana-tarde-noche, también hay que trabajar, te-quiero-ratón, yo también pero dí que me quieres, claro que sí, pero dí dí, no te dije que sí si- pero dime te quiero, ah bueno yo te quiero también ratona, ven ratón. Se besaron. Afuera la luz desaparecía. ¿Cuántos años habían pasado? - No tantos, pensó. Tal vez un par un poco más. Era fácil recordar: una navidad la habían pasado en casa viendo películas, la siguiente en el campo con la familia de ella y esta última disfrutando como nunca en el mediterráneo (Ahí sí que se estaba bien. Ese era un descanso, recorriendo las islas hechas para el gusto del turista. Vino, comida,

entretenciones, sol, mar tibio. Allí abrazados permanecieron en esas playas de agua transparente y de arenas cálidas. ¿Te recuerdas cuando montaste en ese camello tan viejo? ¿Y recorriendo esas callejuelas árabes? ¿Y bañándose en las aguas claras con fondo de coral? ¿Y cuándo te enfermaste comiendo mariscos? ¿Y tú que te emborrachaste y después vomitaste como por tres días seguidos? Qué vacaciones esas ¿no?. Las luces se desvanecieron por completo. Ellos permanecían dormidos. El ruido de los autos y el sonido intermitente del despertador les anunció que era hora de levantarse. Qué hora es, a- ver- las siete, está oscuro, si te apuras te puedo llevar, bueno, me llevas entonces, está bien vamos, ya voy, vamos te espero en el auto.

El sonido de sus zapatos caminando por esas veredas mitad nieve, mitad agua sonaban curioso. Esos pasos apurados seguían a otros, y a su vez, a éstos, otros. Todo un mundo de gente caminando apresuradamente para llegar a sus trabajos. Después la monotonía, los papeles, la correspondencia, el café de las nueve con los compañeros y todos rodeando

al jefe-siempre sonriente-sentado en la cabecera junto a su secretaria y los comentarios de hoy no hay sol de nuevo, cuando en eso el jefe “siempre sonriente” mira su reloj y la secretaria salta como un resorte y todos vuelven a sus puestos, con una sonrisa, con una reverencia y con un paso cortito, tímido y cadencioso. De nuevo a los papeles, al teléfono, a la información de todos los días a la misma hora. Siempre las mismas caras, el mismo edificio majestuoso y decadente, las mismas pisadas en los charcos con hielo derretido, chas-chas en un ritmo sincopado, las caras serias iguales, el mismo jefe-siempre sonriente-y su secretaria. Todo. Siempre. Todos iguales. Desde años inmemorables y hasta los mismos años que quedan serían inevitablemente los mismos iguales. Luego, la sombra de la mano sobre los papeles es la indicación de que ya la jornada está por finalizar. Afuera casi oscurece. El silencio se quiebra. De a uno comienzan a salir los empleados. Todos. Uno a uno va quedando nadie. Es hora de irse.

El sonido de sus zapatos caminando por esas

veredas de nieve y agua causa una sensación extraña. De pronto como salido de un tumulto el hola familiar de alguien que lo ha reconocido, que le mira que tal bien y-tú cómo están las cosas, así-así, y tu gente igual que siempre, vas a la reunión, ah-sí ya se me olvidaba, la cosa está buena, ah-si claro-están pasando cosas, ah ahora estamos leyendo a Gramsci, qué claro eso es lo que hay que leer ahora-pues, ah-si sí-claro, bueno entonces nos vemos ahí, chao chao-nos vemos, saludos, gracias. Y los pasos se pierden en el chapotear de otras pisadas que ahogan su sonido.

Mientras camina hacia la parada del bus, su mente ha ido acumulando todos y cada uno de los pasos dados en los sopotocientos meses de encuentros con las miradas reconocidas y con las cuadras sobrerrecorridas que son siempre distintas porque de ser tan iguales y siempre iguales, ahora ya son diferentes y en cada rincón de las piedritas aparecen cosas que no estaban antes y todo parece que no es y lo que no es parece que puede ser. Pero ahí estaba. Caminando. Confundido entre ese

tumulto que lo transportaba. El bus calefaccionado lo cobija en uno de los asientos de felpa. Los quince trascendentes minutos que dura el viaje transcurren como una película infantil por la que van pasando casas blancas, árboles cubiertos de nieve y luces amarillentas que flotan entre la vegetación, figuras humanas en movimiento lento, sombras que se pasean y luego desaparecen. La película llega a su fin. Junto a él se bajan otros pasajeros. Tal vez vecinos. Cada uno se encamina por entre la nieve por un sendero particular y desaparecen en la oscuridad. El también desaparece en esa noche de cambios.

No fue difícil explicar lo que ocurría. En gran parte el recuento se había ido viviendo día tras día, agravándose. Luego, ella directamente lo abordó: y todo esto es para explicarme qué. Mirándola a los ojos le dijo todo esto es para explicarte que vuelvo a mi país. Se miraron unos segundos, tal vez por última vez. Ella pareció sonreír, ratón ¿lo has pensado bien? El asintió en silencio. Ella agregó entonces chao, ratón. Y él con pena, adiós ratona.

Terminaron de beber un vaso de cerveza. Ella continuó con lo suyo, ¿qué haces...? Le pregunto él curioso. Ella le respondió nada importante, escribo el sobre de una carta que voy a mandar. Ah, exclamó él desaprensivo. Es tarde. Sí. Ya es tarde.

Al fin de una larga jornada en la que apenas pudo pegar sus ojos, el avión se acercaba a la pista de aterrizaje. El paisaje cálido, los suelos rojos y un mar azul tranquilo le indicaron que no era su destino sino una escala intermedia. Era un aeropuerto del trópico. Mal que bien ya estaba en suelo conocido pensó para sí. Con velocidad el aparato se acercó a una de las mangas del aeropuerto. Por los altavoces apenas escuchó que se trataba de un lugar venezolano. Lo mismo daba. Treinta minutos esperaron antes de poder continuar su camino. Aquí subieron nuevos pasajeros. Una multitud con gritos acompañaban a dos importantes personajes. Despedidas con abrazos y risas indicaban que eran populares. Ambos con las manos en alto parecían saludar a todo el mundo que asistía a su proclamación electoral. Una aeromoza indicaba a

algunos pasajeros curiosos esos son dos senadores de Sudamérica que regresan del exilio. A los pocos instantes el avión se alejaba y en rápida carrera tomaba altura pesadamente. Muy pronto quedaría lejos esa costa abrupta, rojiza y llena de vegetación. Los pasajeros volvieron a su quietud y silencio. Aquellos que recién habían subido terminaban de acomodar sus cámaras y paquetes de mano. Risas y festejos que poco a poco se fueron apagando. El sonido sordo de las turbinas terminó por vencer y poco después dormitaban. La aparente calma se transformó en una visible tensión cuando el avión cruzó la cordillera. Era verano. Entre sus pliegues secos se insinuaban pequeños cursos de agua. Su presencia era imponente. Los cortos minutos que duró la travesía parecieron cambiar el ambiente. Volvieron las risas y la conversación agitada de los pasajeros. Las aeromozas distribuían unas tarjetas blancas para llenar con los datos de los viajeros. Unos se paraban. Otros partían para el baño. Poco después el avión tocaba tierra en un amplio campo verde y gris. Desde la ventanilla se divisaba una

gran cantidad de personas esperando. Policías fuertemente armados custodiaban. En un costado un carro de bomberos, un par de ambulancias y dos camiones militares con soldados esperan. Entre la gente aparecen banderas de colores que agitan. Rojas. Azules. Blancas. Pancartas de recibimiento en negro y blanco ondean. Lentamente bajan los pasajeros que con curiosidad miraban ese espectáculo de banderas y gritos inentendibles. Cuando descendieron ambos personajes el sonido aumentó. Ellos pasaron su mano por el pelo para peinarse y luego saludaron efusivamente con sus manos. Al salir del recinto de aduana, la gente en silencio contemplaba el paso de los viajeros. Cuando aparecieron ellos volvieron los gritos que se transformaron en la entonación del Himno Nacional y luego en gritos desafiantes de caerá-caerá. Saludos. Abrazos. Mujeres llorando. Flashes que resuenan en el techo metálico. Ellos, al centro, saludan con aprecio y levantan sus manos pidiendo silencio. Desde un costado del aeropuerto, el resto de los pasajeros esperan su taxi. Él se acerca a uno de estos.

Coloca su maleta y con su maletín de mano sube al auto e indica una dirección. Al pasar frente a la multitud, uno de los personajes se dirige a los que esperaban pronunciando un discurso improvisado que acompaña con expresivos gestos de sus manos. El taxi se aleja y pronto entra en la ciudad que lo acoge en una nube oscura del escape de otros autos y buses. Es una tarde calurosa del verano santiaguino.

Casi imperceptiblemente transcurrieron las semanas entre reconocer los antiguos lugares que habían cambiado, el encuentro con amigos que ni se acordaban, aceptando las observaciones de cómo se vive por allá o disculpa, pero aquí no tenemos las comodidades que tú tenías o tú sabes cómo está la situación ahora o han cambiado un poco las cosas ¿sabes? O quién como tú que pudiste salir o aquellos que ya no le saludaron más o. También aparecieron los antiguos compañeros que todavía recuerdan caminos recorridos juntos y nuevos amigos que se mueven agitadamente en sus proyectos casi misteriosos, lo que estamos preparando tal vez tú no

lo entiendes, pero con el tiempo nos darás la razón, las cosas ahora son distintas, sí-claro-entiendo. La búsqueda de trabajo también lleva su tiempo, leer la prensa, interpretar los avisos, llenar los formularios, hacer la cola, volver en diez días, y volver en diez días más, la resolución aún no se ha tomado, tenemos un problema financiero de momento pero que se resolverá en cualquier instante, estamos esperando Ud. No se preocupe porque sus antecedentes son muy buenos, experiencia internacional, espere un poco, Ud. Entiende, dese una vueltica en quince días más ¿de acuerdo? Bien, campeón. Caminando por las calles, sentado en la plaza, leyendo el diario. De pronto, el antiguo compañero, qué hay cuando llegaste, no te dijeron nada al entrar, estas seguro que no te siguen, y que haces ahora, mira-huevón-déjate-de-huevadas ven vamos a conversar a la casa: Como podis ver la huevá está que arde-huevón, esto está al rojo y de un momento a otro va a explotar todo-mierda, seguro que estas enterado que el partido está más dividido que la callaca, si querís meterte allá tú, no es fácil la

cosa, no hay tanto peligro ahora porque la dictadura aflojó, pero la cuestión hay que estar preparado para el reventón, nosotros aquí estamos más-o-menos bien organizados y vienen varios parlamentarios a apoyar el trabajo incluso un senador-ves, pero si no hay parlamento bueno son-ex, no-huevón-no son-ex-ni-nada, bueno pero tienen experiencia en lo político, en las conversas, en los contactos y para pedir plata afuera-no esto es un equipo- ves estamos ahora preparando unas giras al sur y también la próxima jornada, en una de estas-sacoehuevas cae el fachio, bien-bien cuenta conmigo, claro hermanazo, está bien pero pasando a otra cosa cuéntame cómo está tu hermano, que no supiste está desaparecido hace como siete meses, no sabemos nada de él nadie sabe nada, y que han hecho para encontrarlo, todo lo que se puede hacer hasta llevamos los papeles a la vicaría sin respuesta, supiste que en otros países hay grandes movimientos por los desaparecidos, sí-pero aquí las cosa es más política-ves, hay que lograr un acuerdo general para botar la dictadura, y tus padres bien-claro sin trabajo como todo el mundo y es más

fregado que nunca pero ahí están, sabes me gustó que habláramos/conversáramos/discutiéramos yo creo que está bien que hayas vuelto-cabrito, gracias-cumpa nos vemos entonces, claro-que nos vemos, chao. Un par de días más tarde llegó el mensaje para reunirse en la misma casa del amigo. Allá se dirigió a la hora convenida. Ya habían llegado otros. Hola-hola y la conversación como un rumor que se desliza por la atmósfera del humo de los cigarrillos. Todos parecen optimistas. En su mayoría son jóvenes, tal vez estudiantes o desempleados. Llegaron luego un par de muchachas. Sorpresivamente apareció desde el interior un grupo pequeño de unas cuatro personas que ingresaron a la sala rodeando a otro más bien gordo que se colocó sus lentes y sacó unos papeles que observó. Se hizo silencio. Comenzó un informe de la situación y la descripción de todas las acciones que se hacían para convocar la próxima jornada de protesta, el esfuerzo intenso de organización, la voluntad unitaria de todos los dirigentes del comando nacional, la actitud de los otros frentes y partidos, de la alianza democrática,

del movimiento popular, del gremio del transporte y otros involucrados, todos coadyuvaban en crear las condiciones concretas para la caída de la dictadura, el establecimiento de una constituyente y la formación de un gobierno provisional, aspectos todos en los que había amplio acuerdo casi unánime, por lo que el trabajo era obvio. Algunas preguntas. Detalles del proceso. Los inevitables riesgos. Todos parecían satisfechos. Otras preguntas. Él levantó su mano para hacer una pregunta que se perdió en vacío de otras consultas, no hay que temer. No dudar. Lo pasos habían sido bien calculados. (Todo había sido medido). De nuevo él intentó hacer su pregunta haciendo carraspear su garganta, pero fue frustrada por el diálogo entablado en torno a preguntas anteriores. Entonces, se levantó y espero que la intensidad del diálogo disminuyera. En el momento adecuado volvió a levantar su mano y pareció hacerse un espacio para escucharle, cuando alguien le pasó un papel conteniendo un mensaje: mejor será que no pregunte, compañero. Ud. no entiende bien lo que pasa aquí. El ruido de las voces

continuó. Todos estaban pendientes de las últimas palabras del personaje central. Nadie le despegaba la vista igual que como él entró, repentinamente se levantó y marchó hacia el interior de la casa junto con sus acompañantes. De inmediato fueron saliendo el resto del grupo. De a uno. En parejas. Hasta que no quedó nadie. Entonces salió él.

A pesar de que había transcurrido más de tres meses de su llegada, aún en su maleta quedaban cosas sin sacar. Era la ropa gruesa, de lana, que todavía no tenía necesidad de usar. Con calma se sentó frente a la maleta y la abrió sacar esa ropa era la última y definitiva decisión que le quedaba por tomar. Aunque ya no había posibilidad de volver atrás, ni el dinero suficiente para esa vuelta. Aquellos sweateres y pantalones toscos representaban su último refugio para protegerse de un presente desatado que se le venía encima. Abrió la maleta y comenzó a ordenar la ropa: unos guantes de lana, otros de piel. Algunas cosas irían a parar a la basura. Sonrió al encontrar una antigua fotografía suya jugando con nieve. Al sacudir unos pantalones,

un ruido de papel que se arruga sonó en uno de los bolsillos. Hacia allá dirigió sus manos, con extrañeza. Del lado derecho extrajo un sobre blanco doblado en dos. Curioso lo desenvolvió. Observó. Con trazos finos estaba escrito ratón. Lo abrió desde su interior se esparcieron unos pocos billetes de cien dólares. Se quedó mirándolos. Luego exclamó como un suspiro, ratona.

En Swansea, (Gales, UK) 29. Marzo. 1984.

EL VIAJE

SUS OJOS ENORMES se movieron con insistencia. La pasión de sus palabras brilló en ellos: “apenas llegue a Madrid, porque primero entraré por la capital...” Las palabras caen como a un vacío mientras yo escuchaba y tomaba una taza de té. La primavera tiene un encanto especial en cualquier lugar. Los árboles con sus hojas recién salidas. El piso del parque húmedo. Y el sol tenue que cruza nubes heladas. “Cuando me vean llegar mis amigos, los de la estación, no lo van a creer. ¡Qué va! Mire, Ud. Manolito, le diré, que es que ya no se acuerda Ud. de mí. De Tomás. Sí, hombre. Soy yo.... El mismo que ha vuelto ¿eh? Y más allá, seguro que estará doña María: señora, señora María. Ella prepara... Vaya. Preparaba unos panes así de grandes que yo le compraba para llevar a casa. Vaya, señora María ¿Qué ya Ud. no se recuerda de mí? Claro que se va a recordar. ¡Cómo no! Esta era gente muy buena. Otros, claro, ya se habrán muerto. ¡Vaya

hombre! Hace tanto tiempo de estas cosas: Parecen recuerdos de muertos en vida". Del bolsillo de su chaqueta sacó una libreta con tarjetas y fotografías antiguas que recorrió con sus manos nerviosas: "Puchas, ésta era Marinita a los dos años. Ni se parece a como es ahora. Coño. Mira, esta es la familia completa cuando estábamos en Chillán. Ahí vivimos muchos años. Me recuerdo que del mismo barco nos fuimos para el sur. Allá la primavera es fría. Pero se vivía bien". Y sus manos recorrían esas fotos plastificadas. En su rostro se dibujaba una sonrisa. Hasta que llegó a la foto final. Yo terminaba mi te. (Una mirada seria dio a esa página y luego me miró). Al notar mi cara de asombro que lo observaba, dijo: "éste era mi candidato... ¡Eso coños! Pero tú no te preocupes, que Chile muy pronto va a cambiar. Caramba, se me va a enfriar mi te". Guardó sus recuerdos y se sirvió el té. Estaba casi frío. El sol se ocultaba tras los edificios antiguos. "Nosotros en Barcelona dimos una pelea grande. Sí. Yo nací en Sevilla y allá estuve casi hasta mi juventud cuando la guerra me movilizó a toda

Cataluña. Entonces hubo que alistarse en el ejército republicano. Yo pertenezco al Batallón Deportivo, que era donde nos fuimos casi todos los del equipo. Ahí estaban los deportistas. Al final todo el mundo estaba en Barcelona. Ya no había donde vivir. Los bombardeos eran feroces. Entonces tuvimos que irnos para la frontera. Allí los franceses tampoco nos trataban muy bien. Éramos emigrantes. Lo mismo les daba. En fin, éramos perdedores. La República pagaba nuestros pasos. Pero habíamos perdido. Poco a poco llegamos a París y allí supimos lo del barco ése que había contratado Neruda. Salimos en una época como ésta misma, lluviosa y fría. Directo hasta Venezuela. Allí se quedaron los que quisieron. Unos pocos. El gobierno venezolano les ofreció trabajo. Yo ni siquiera me bajé en La Guaira, que es el puerto donde atracamos por un par de días. Muchos nos quedamos arriba. Nosotros queríamos ir a Chile. A chilito, como decían los chilenos... ¡Don Mariano! Ese todavía debe estar vivo. Él tenía una oficina de transportes y usaba su camioneta harto vieja. Claro, era mayor que yo. Pero era joven. A

veces nos encontrábamos en las fiestas del Club. Después de los partidos de fútbol se hacían en la misma orilla de la cancha unas fondas donde se preparaba carne y ensaladas. Y vino. Claro que sí. Eso no podía faltar...” Yo no quería interrumpir su relato y permanecí callado escuchando sus palabras, “después de como siete años nos fuimos para Santiago. Vivir en la capital es diferente., A mí no me gustaba mucho al comienzo. Pero uno se va acostumbrando a todo. A todos los cambios. Para los niños era lo mejor por los colegios y eso... Caminar por las calles de Sevilla es muy hermoso, No ves que todo está empedrado, las calles las construyeron con inmensos bolones de piedras traídos quizás de dónde. Claro, eso fue hace muchos años. Mucho tiempo antes de nacer yo. Pues claro que sí”. ¿Y cuándo se va para España, le pregunté? Pues mira, respondió primero tengo que arreglar unos asuntos en la embajada. Porque yo he ido a preguntar del viaje. Tú sabes que yo nunca pisé una embajada española. ¿Para qué? Pero estando aquí me he acercado con precaución ¿sabes? A preguntar. Y no

más he entrado y hablado me han reconocido que yo era español. ¡Y vaya! Yo le he seguido la corriente al tío ése. Porque yo nada tengo que ver con España. Tú ves que yo siempre he sido chileno. Pues entonces el tío ése me ha dicho que ahora la situación ha cambiado mucho, que todos los españoles pueden ir a visitar su país y me ha contado que España está muy diferente. ¡Ya lo creo, le dije! Y yo me les hacía el leso. Como que no quiere la cosa. Y el tío me hablaba de las carreteras y de la modernización del campo. ¡Cómo se notaba que ese tipo era franquista! Y tal. Entonces, cuando ya habíamos trabado amistad, bueno, le dije que yo no tenía pasaporte español. Y el tío me ha dicho pues Ud. no se preocupe, porque con cualquier pasaporte usted es siempre español. Y yo le dicho que no sólo no tenía pasaporte español, sino que de ningún otro tipo. Pues el tío se me ha quedado pálido. Me ha mirado y me ha dicho y que no tiene ningún pasaporte de ningún país. Que no tiene...Que...Que no le dije. Que no. ¡Jilipollas!, exclamó. Luego me ha hecho una seña que me acercara y en voz baja me ha

dicho ¿y cómo ha entrado usted a este país, amigo? ¿Qué como yo llegué a Finlandia? Pues muy simple: en avión. Por el aeropuerto. Sin ningún papel. ¡Yo soy ahora exiliado chileno! ¡No joda, que yo soy chileno! Y él me ha dicho pues en ese caso tengo que hacer la consulta a Madrid directamente. Esa es la orden que hay para resolver el caso de los chilenos. Pero Ud. no se preocupe, porque eso no es problema, me ha dicho. ¡Igual Ud. será ahora español! Después de algunos días me confirmaron que yo podría entrar a España. Como concesión especial por veinticinco días. Y que me darían un pasaporte legal. ¿Qué te parece? ¡Luego de treinta y siete años!”. La señorita trajo la cuenta. Tomás sacó su billetera al tiempo que yo le indicaba que no se preocupara, “tú sabes cómo es la cosa aquí. Cada uno con su cada uno”. Kiitos, exclamo la muchacha con una sonrisa amplia.

Salimos cuando el sol ya se escondía. Sus resplandores rojos se reflejaban en ese cielo azul claro de tantos atardeceres escandinavos. Caminamos haciendo bromas de las costumbres

nórdicas mientras avanzábamos por Boulevardi hasta llegar al centro. Allí tomamos Mainenharmentie, ancho y tranquilo, desde donde se divisa la estación de buses. “Ese es el que va Kivenlahti, chao”. Y apresuró sus pasos. El bus abrió la puerta. Subió. Unos pocos instantes más tarde se alejaba. En los bordes de la calle quedaban amontonados restos del barro y nieve que aún no terminaban su deshielo. Ya las luces de calle iluminan Helsinki.

El advenimiento del espacio y el tiempo, tan difícil de explicar en la historia del hombre, es en el exilio el medio más simple de transgredir nuestra propia existencia. No bien estamos en Santiago caminando en una marcha popular cuando luego nos encontramos en Helsinki aplaudiendo en un acto de solidaridad con los perseguidos en Chile. Más tarde en París, de paso, recorriendo las calles de Chillán, cerca de la Catedral. De vacaciones en el Mediterráneo, caminando por la costanera de Las liseras y recibiendo su brisa suave y cálida. De allí cruzamos imperceptiblemente al mundo árabe del

norte de África, entre un mar casi calmo que une a Chiloé con el continente. Y más tarde regresamos a Europa por tierra, entrando por la Panamericana a la altura de San Bernardo. De ahí vuelta a América, la nuestra, aterrizando en La Reina, frente a Peñalolén. Una corta estadía en Bogotá que me encuentra subiendo el San Cristóbal. Un paso por los Llanos Orientales, bajando por el Valle del Elqui y la quebrada de Hurtado hasta llegar a Caracas en donde contemplo impávido a Don Andrés Bello en la Alameda justo frente a la Universidad: América es una sola. Chile el mundo escondido: Aquel juguete que no se puede tocar porque es delicado. El tren eléctrico que siempre contemplamos en una vitrina del centro (Ahumada, por ejemplo). El viaje a la costa con la polola para quedarnos una noche de verano. El subir con la familia a jugar con la nieve un domingo en la tarde. Y de pronto el juguete cae y se destroza en mil pedazos sin que lo tocas. (Te sacudes el rostro con la sangre de las heridas). El tren eléctrico se detiene repentinamente y de su caja de control sale un humo negro que hiede: se ha

quemado. (Tus manos se ennegrecen). Los viajes se cancelan en el último minuto: otra vez será, mi amor. ¡Qué pena no ir a la playa! La nieve ese día obstruye el camino y nadie puede subir. (Golpeas la mesa). Te dijeron: se acabó tu país. (Chilito). Y como en los cuentos que te contaron para dormirte cuando pequeño que te agotaban los sesos érase un país al sur del continente, en el último rincón de la tierra que una vez repartió sus riquezas entre sus gentes y todos pudieron (un día) ver y tomar en sus manos un trozo de cobre y caminar por los bosques y la tierra levantando esas púas porque ya no existirían más y se abriría el horizonte (así decía, así decía) hacia las estepas y desiertos. Pero como en todos los cuentos mágicos, la historia se envuelve con la presencia de los que no quieren compartir su corazón. Y entonces, mientras caminas por tus bosques amplios y tus tierras sin linderos y amontonas barras de cobre, los dueños de todo vendieron la tierra y los bosques y los desiertos y las calles y los parlamentos (y todo) a unos inversionistas. Llenaron sus maletas con el oro de la

venta y se fueron. Lejos, muy lejos. Un día finalmente, aparecieron los verdaderos dueños de todo (¿recuerdas?). En el mar se vieron aparecer sus barcos. En el campo sembraron sus tanques. Todo les pertenecía. Mira. (Todotodo). Los habían engañado a todos. El país ya no era de todos: tenía dueño. Y allí estaban... Terminas dormido. Tú. Tal vez no alcanzaste a oír la sirena de los barcos o el ruido de sus motores (y el otro ruido). Tal vez ni escuchaste el término de la historia. Habías caído rendido. Estabas caído. Al final estabas dormido. En tu cuna, dormido, saliste del país. Creciste afuera. Y alguna vez en un recuerdo te pareció ver una cordillera o un bosque (entre la niebla). Pero nunca recordaste nada más. Era como un sueño. (¿Viste...?) Dormías: tú. Con voz firme le dije: al fin conocí a España. Estuve un tiempo en Madrid. Entré desde Francia por la Costa Brava y luego a Barcelona. Anduve por Andalucía y al final estaba en Galicia, en Padrón. Sonrió. Me escuchaba en silencio. Agregué: Era la época en que Franco moría. Cuando me vine no supe si había muerto o no. Nadie lo

sabía. Nadie sabe cuándo murió. Me miraba con atención. Sus cejas densas seguían mis palabras. El brillo de sus ojos ya estaba apagado. Me recordé mucho de Ud. Sonreía. También me recordaba de nuestras conversaciones en Helsinki. De sus planes... (yo intentaba por todos los medios de romper su hermetismo, conocer de su viaje después de tantos años en España). Quién diría que nos volveríamos a encontrar de nuevo. Levantó sus ojos y con paciencia me dijo “y aquí en tu Latinoamérica. Precisamente en Caracas. Yo te conté parece lo del barco que nos llevó a Chile...” y pasando su mano sobre el rostro volvió a recordar “claro que sí. Te lo conté en Helsinki”. Seguramente que no le sorprendió cuando le pregunté de su viaje a España. !Ah!, dijo, “pues esa vez me fui por veinte días. Pero a la semana me regresé a Finlandia. Unos meses después me fui de nuevo. Ahora si me estuve un mes completo. Recorrí Madrid, Sevilla...” Iba a continuar enumerando sitios, mas dejó la respuesta en silencio. Luego agregó “España ya no es igual. Ha cambiado mucho. Yo también, claro. Yo seguiré a mi

familia. Por eso estoy aquí. Nos vinimos a Venezuela. Aquí Marina está bien. Y yo también. Yo no necesito aquello. Ya llevamos seis años acá. Yo he visto ya lo que quería ver allá. Ella se quedará en este país, como yo una vez en Chile. Ya no más España. Cambiamos un país por un exilio. Yo no sé cuánto soy español y cuánto no. Yo creo que ahora si siento que soy un chileno en el exilio". Luego, hizo una pausa. Su voz estaba más grave. Volvió su rostro hacia el mesonero y le gritó "mira, chico, tráenos otras dos polares". Al instante aparecieron sendas cervezas muy heladas. "Ves como todo es diferente". Con energía agregó "lo bueno de Caracas es que está cerca de todo. Si te quieres ir a Europa coges un avión en la noche y en la mañana siguiente ya estás en París o en Londres. Si quieres ir a México, son un par de horas. E igual para los Estados Unidos, claro que ahí no te van a dejar entrar los gringos. Y si quieres ir a Chile, pues te tomas el Lan del domingo por la noche y amaneces en Santiago. Lo malo que tiene es ser casi la única democracia que va quedando en el continente. Cualquier día..."

Pero ¿por qué? pregunté. Aquí no hay peligro para las transnacionales todavía, ni nada parecido. Bebió de su cerveza y dijo “por qué no...” Quedó un instante en silencio y luego incorporándose agregó “pero Chile está muy bonito. Mira, casi llegando a Venezuela el setenta y cinco, y ahora como soy español de nuevo, me fui en una excursión por dos semanas. Luego el ochenta me estuve un mes de vacaciones y el año pasado me he ido por un mes de nuevo y me quedé tres sin darme cuenta. Es que mira, llegando me estaba esperando Don Pedro, nuestro vecino. Él también es del sur. No de Chillán, es de Valdivia creo. Él tiene ahora una parcelita en donde ha sembrado algunos árboles frutales y verduras. No mucho porque no tiene plata. Él está cesante. Vamos, por eso es que se dedica a la parcelita. Entonces, yo llego y nos vamos directo para allá. Preparamos una cosita para comer. Cualquier cosa. Yo voy y compro el vino. Tú sabes que todavía es barato. Después se pega el otro vecino y también trae algo. Cualquier cosa. Y ahí nos ponemos a hablar. No te imaginas como corre la

lengua con ese vino. Yo les cuento de Finlandia, de España, de mis nietos. De ti, que escribes todas las cosas. Y en las tardes nos ponemos a jugar su brizca o dominó. Preparamos un vino y algo. A veces vienen otros de la cuadra. Y así pasamos el tiempo: matamos las horas. Ellos me cuentan cómo han cambiado las cosas. Claro, todos están desempleados. Son unos cesantes. Sin un cinco. Nadie tiene ni para hacer cantar a un ciego. Bueno, por ahí nos vamos organizando alguna cosita. Una pichanga. Algo. Cualquiera cosa lo mismo da, hombre. Lo importante es que nos encontramos ellos y yo. Conversamos. Nos ponemos a discutir de deportes, de las culturas que casi ya no hay que leer y claro, de lo que más hablamos es de política. Mira, te digo francamente que los días se me pasan volando. A veces salimos a caminar por el centro. Tú te impresionas cómo está eso de cambiado. Estos cabrones lo han "ordenado" todo a punta de bala, chico. Eso no puede durar mucho. Pero está cambiado. La miseria es muy grande. Todos están de frente y siente este problema: acatar o resistir. No

hay alternativa. Yo no los veo doblarse. De veras. Algún día tú podrás ir también. Santiago es el mismo de siempre. No podrán cambiarlo. Y así se me pasan los días. Uno tras otro. Lo único que te puedo decir es que yo sé que un día llego allá. Pero estando con mis vecinos no me doy cuenta hasta que Don Pedro me va a dejar de nuevo al aeropuerto y nos despedimos con un abrazo eterno”. Bebió su cerveza. Luego pidió la cuenta y rápidamente sacó un billete que ya tenía preparado. Mi hizo una mueca que no me preocupara. Ya era de medianoche. Los mozos retiran las últimas sillas. En el Boulevard las tiendas permanecen con sus vitrinas encendidas. Caminamos por Sabana Grande hacia el este. Hasta Chacaíto, en la parada de los carritos. Nuestra conversación se ahoga bajo el ruido de nuestros pasos que retumban en el piso. Una brisa fresca nos acompaña. A medida que nos alejamos, las luces de las tiendas comienzan a apagarse. Los avisos luminosos quedan oscuros. Los carros desaparecen todo queda como desierto. Hasta que se oscurece totalmente. Chao Tomás, nos vemos.

“Chao, ¿a dónde?”

Swansea, (Gales, U.K.) 8 de noviembre, 1983.

